

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 30 DE OCTUBRE DE 1922

Nos. 4-5

Nueva ley de los tres estados

POR JOSE VASCONCELOS

VARIAS veces se ha formulado en los últimos tiempos la teoría seguramente exacta, de que las nacionalidades son una forma de organización social que pronto será reemplazada por federaciones de pueblos unidos entre sí, ya no únicamente por un pacto político, ni tampoco por el solo efecto de los intereses comerciales, sino por los lazos más estrechos de la tradición, el idioma y la sangre. Dentro de esta teoría—esbozada antes de la guerra por los alemanes y contradicha en cierto sentido por los vencedores—las nacionalidades constituyen una forma transitoria que se inicia al terminar la edad media y llega a esplendor cabal a fines del siglo XIX. Epoca que ve dividirse los hombres de una misma raza y de una misma lengua en fracciones y subfracciones independientes, que combaten unas contra otras o se mantienen apartadas aun cuando a veces procedan de un mismo tronco.

Pueblos de habla y de raza distintas se juntan más o menos forzosamente para constituir naciones jamás confundidas, como Austria Hungría o grandes reinos que han llegado a ser casi homogéneos como Inglaterra y España. Otras veces, como en el caso de los países de América, una misma sangre, a causa de la naturaleza del terreno, se ha visto disgregada y subdividida hasta hacer veinte naciones débiles de una antigua dominación fuerte y poderosa. Y estos absurdos debidos a circunstancias territoriales, económicas, políticas, a circunstancias desde el punto de vista del espíritu, mezquinas y fortuitas, llegan sin embargo a enraizar en el corazón de los pueblos, dando lugar a los mil prejuicios y aberraciones del patriotismo nacional.

Patriotismo corresponde a nacionalismo y se resuelve en el culto de la bandera, y la adhesión al territorio de una antigua provincia, de un gran imperio. ¿De dónde procede este modo de sentir, extraño para una reflexión despejada?

Anteriormente a la fundación de las nacionalidades había tribus y grandes

imperios. El gran imperio militar era una expresión de la tribu, y el uno y la otra procedían de la conquista que junta ciegamente a los pueblos. Ciertamente en Grecia y Roma, aparte del yugo militar y de la situación geográfica, existía cierta comunidad de sangre y un idioma común, pero a pesar de eso, ambos imperios constituyeron conglomerados de pueblos y de razas, unidos por la necesidad y prestos a desintegrarse, tan pronto como cesara la amenaza de las espadas. En ellos el conquistador no asimila, sojuzga, no impone su lengua ni sus dioses, su conquista no es espiritual y por lo mismo ni perdura ni transforma a los vencidos, y ni siquiera intenta crear con ellos humanidad nueva.

El ideal nacional representa un progreso sobre tal forma primitiva de organización porque tiende a formar organismos más homogéneos. Algunas veces no lo logra, como en el caso de Austria Hungría, porque la sola obra de la fuerza no es perdurable: pero cuando la nacionalidad se constituye sobre la base de un ideal generoso, se obtienen éxitos como Francia que es venerable por su devoción a la libertad, o como España que es grande porque supo crear un nuevo mundo en América. Sin embargo, no es la nacionalidad el tipo acabado de la organización social, porque a semejanza de la tribu guerrera y del imperio antiguo, la nacionalidad se funda en las necesidades de la geografía, en las ventajas del comercio y en los dictados de la fuerza, causas todas ajenas a la voluntad humana. Y la civilización desde sus comienzos es una lucha entre las fuerzas naturales que siguen determinada trayectoria repetida y fija, y las fuerzas del espíritu que se empeñan en crear un orden nuevo por encima de la necesidad y del girar siempre en círculo. Lucha del movimiento en espiral que es el del espíritu y el círculo que representa la necesidad constreñida a repetirse. El poderío del espíritu, imponiendo leyes a las cosas, se manifiesta en el orden social en un anhelo como de patria más libre y grande. De ahí que cada

día se nos hagan más intolerables las divisiones arbitrarias que entre nosotros ha impuesto el medio, y circunstancias como por ejemplo que sea uno el patriotismo chileno y otro el patriotismo argentino, y así sucesivamente, de igual manera, nuestra conciencia exige que la política no la gobiernen ya las conveniencias locales ni la limiten los obstáculos del territorio, sino que obedezca los dictados del espíritu cuya misión es reformar el ambiente para imponerle nueva ley y sentido. Esta ansia contemporánea de rebasar el patriotismo, de dilatar las fronteras, de celebrar pactos y alianzas según nuestro gusto y no de acuerdo con nuestras conveniencias materiales; este poderío del espíritu que en todos los órdenes se afirma avasallador, nos permite formular una ley de desarrollo, una especie de «ley de los tres estados»—tomando de Comte sólo el nombre—una ley de tres períodos de la organización de los pueblos.

El primero de estos Estados es el período materialista en que el trato de tribu a tribu se sujeta a las necesidades y azares de las emigraciones y el trueque de los productos. ¡La ley de este primer estado es la guerra! El segundo período lo llamaremos intelectualista, porque durante él las relaciones internacionales se fundan en la conveniencia y el cálculo; comienza a triunfar la inteligencia sobre la fuerza bruta y se establecen fronteras estratégicas después de que la guerra ha definido el poder de cada nación. Los grandes imperios de la antigüedad participaron de los caracteres del primero y segundos períodos, y las nacionalidades modernas viven todavía en el segundo. El tercer período está por venir y lo llamamos estético, porque en él las relaciones de los pueblos se regirán libremente por la simpatía y el gusto. El gusto que es ley suprema de la vida interior y que hacia fuera se manifiesta como simpatía y belleza, llegará a ser entonces, la norma indiscutible del orden público y de las relaciones entre los Estados.

Y el advenimiento del período del gusto y de la simpatía será bastante para suprimir la discordia entre los hombres, porque las antipatías y las opiniones del juicio estético suelen ser profundas, pero se resuelven en júbilo y no en rencor y los otros conflictos, los conflictos verdaderos, de-

penden de causas materiales, que sólo la igualdad económica relativa puede suprimir. En efecto, la discordia y la guerra dependen de que los hombres se reproducen con exceso en un planeta cuya superficie tiene un límite, pero la educación, reduciendo el número y perfeccionando la calidad, convertirá al hombre en cosa preciosa que sea orgullo y regocijo de cada uno de sus semejantes. De esta suerte los conflictos materiales se irán resolviendo y la vida sólo conservará los dolores que sirven de estímulo al espíritu y le impiden caer en la conformidad que es causa de todo lo mediocre y terrestre.

¡Caminamos hacia el período que está regido por la ley del gusto! Operarán entonces los apetitos más francos e intensos, pero se sacian o quedan abolidos, porque la conciencia clarividente los desdeña para anegarse en el poder infinito.

EL TERCER PERIODO EN HISPANOAMERICA

CONCRETÁNDONOS a nuestro mundo hispanoamericano, ¿qué es menester que hagamos para apresurar el advenimiento del período estético de la humanidad?

Se han aconsejado medidas políticas, medidas económicas y medidas morales. La unión política la previó Simón Bolívar — el genio más preclaro de nuestra raza —. Sus planes luminosos aun hoy parecen perfectos. Desgraciadamente la tesis de la nacionalidad, los prejuicios de campanario y las barreras físicas han hecho que subsista sólo como sueño lo que debiera ser una resplandeciente realidad. El medio físico en este caso ha colaborado para que nosotros adoptemos las teorías dudosas que en nombre de pequeñas glorias, multiplican los patriotismos con mengua de los grandes ideales humanitarios y étnicos. Esta desorientación de los sentimientos ha traído todo este siglo caótico de nuestra historia continental en que hemos visto acuchillarse a hermanos, y en que hemos contemplado con disgusto y asombro que alguna vez nuestros países tuvieron que aceptar auxilios extraños para defender sus intereses contra la agresión de una potencia de la misma estirpe. — Afortunadamente México no ha emprendido una guerra de agresión, pero si mañana gobiernos criminales pretendiesen crear un conflicto, nuestro deber será oponernos a sus resoluciones y negarnos a batir la bandera de Guatemala o cualquiera de las banderas que ondean hacia el Sur. Pues en el instante mismo en que se mira hacia el Sur, concluye el patriotismo y nace en nuestros corazones el amor mucho más grande de la raza en el continente.

Las almas están ahora muy cerca, pero las manos siguen distantes. Ya no son los días sombríos del porfirismo en que los pensadores de la época hacían creer al obtuso déspota que con un buen embajador en Washington basta, y que además había que mandar a Francia algún señor rico para convencer a los franceses que no todos usábamos plumas; pasaron para nosotros esos días tristes y ha pasado también para toda la América Latina el período *simiesco* del afrancesamiento y del extranjerismo, en que copiábamos como simios los gestos de la cultura sin compenetrarnos de su sentido; ha pasado todo eso, pero ahora es menester que tome impulso una nueva era activa: una gran época de construcciones y de creaciones, de puentes y de vías férreas, de barcos y transportes; la gran época en que el espíritu aprovechando la fuerza misma de las cosas, las haga a su manera y una para siempre lo que la naturaleza dividió con el provisionalismo augusto de sus cordilleras, y sus bosques, y sus mares.

Emprendamos obras materiales, pero obras cuya mira no sea el lucro sino el servicio de los más altos intereses, y el lucro vendrá por añadidura; hagamos política ya no simplemente nacionalista sino continental y humana, poniendo por encima de todas nuestras acciones políticas, y después de que la justicia interior esté satisfecha, el criterio hispanoamericano, como norma invariable de todas nuestras acciones patrióticas.

LA BARRERA ECONÓMICA

UNA de las calamidades inherentes al nacionalismo es la aduana que marca la frontera con el sello de la explotación y la desunión. Lo primero que deberíamos suprimir es la aduana. El zollverein, la liga aduanera, ese es el primer paso de nuestra salvación como raza. Durante la guerra europea debi-

mos celebrar un pacto general, pero ya que no se hizo así, suprimamos prontamente, por lo menos, las aduanas que existen entre México y Guatemala, entre el Uruguay y la Argentina, entre Chile y el Perú. Un simple tratado de comercio libre entre México y Guatemala hubiera significado más para la unidad latinoamericana que todos los alardes y proyectos descabellados con que distrajo la atención de los ingenuos el gobierno espurio que no supo aprovechar para nosotros el magno conflicto europeo. Todas las perogrulladas que entonces repetían los aduladores con el pomposo título de doctrina Carranza, fueron vanos como es criminal o es vano todo lo que toca la mano del déspota.

PROPAGANDA EXENTA DE RENCORES

Un buen número de los propagandistas de la unión latinoamericana funda su credo en ataques más o menos legítimos contra los Estados Unidos del Norte. Particularmente en los últimos años y a consecuencia de actos inexcusables, los liberales hispanoamericanos que a principios del siglo se mostraban entusiastas de casi todo lo anglosajón, ven ahora con justo recelo la transformación de la noble República de Lincoln en un vasto imperio amenazante. Legítimos son estos temores, pero es menester hacer constar que la unión latinoamericana no es sólo un acto de defensa, sino un ideal mucho más antiguo que la situación contemporánea y mucho más alto que cualquier interés del momento; un movimiento fundado en el derecho que nos asiste de unirnos libremente a nuestras simpatías e intereses y de acuerdo con la ley espiritual que en estos instantes transforma las organizaciones sociales del planeta. La hora de las rivalidades, si acaso ella es inevitable, debiera estar muy distante, pues todavía hay en el continente mucho espacio libre para la acción de las dos razas que lo pueblan y ambas necesitan de los beneficios que resultan de un trato leal, sin sombra de odio, aunque resguardado por la más celosa autonomía. Al mismo tiempo, es menester convencerse de que nuestra fuerza no se afirma lanzando improperios, sino corrigiendo los males internos que son la causa determinante de nuestras calamidades. Para tener el derecho de censurar la idiosincracia extranjera se necesita ser superior moralmente al extranjero, y un pueblo sometido al despotismo no puede acusar los vicios de otro, ni tiene derecho de opinar sobre él. Lo único que tiene es un deber, el deber exigente, el deber primordial, de derrocar, de matar, de aniquilar al déspota. Los Estados Unidos se reirán con razón de nues-

A LOS AGENTES Y SUSCRITORES DE PROVINCIAS

En lo sucesivo sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello, suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

tros ataques mientras vean que interiormente nuestra vida social es corrompida; por eso no debemos conceder el derecho de exhibirse como campeones del hispanoamericanismo, o del patriotismo, a los Cipriano Castro, ni a los Victoriano Huerta, y tantos otros falsos héroes que la estupidez y la maldad forjan. Quienes oprimen y envilecen a sus hermanos, no tienen y no tendrán lugar en las páginas de gloria del Continente.

DESPOTISMO Y PATRIOTISMO

Los países que no soportan dictaduras prolongadas, rara vez tienen que sufrir la agresión extranjera. Chile y la Argentina, por ejemplo, han sido respetados porque difícilmente se ataca a un pueblito cuya vida interior es decorosa. En cambio, la Venezuela de Cipriano Castro fué combatida porque se fundaba en la injusticia y tenía de enemigo a los mejores hijos de Venezuela. Una Colombia clerical tenía que perder a Panamá. El México de Santa Anna, enfermo de vanagloria y de mentira, hubo de provocar las agresiones que tan caro costaron a nuestra patria. Los déspotas hacen concesiones ilegítimas al extranjero o persiguen a los nacionales a tal punto, que llega a gozar de mayores privilegios un extranjero; pero así que llega la hora de la justicia, así que los pueblos se disponen a la venganza, los Victoriano Huerta y los Cipriano Castro del Continente, injurian a los Estados Unidos del Norte para calumniar a los revolucionarios que los combaten, acusándolos de complicidad con el poderoso. Entonces la patriotería engañada grita por las calles en defensa del déspota, contra quien debiera combatir. De esta manera el despotismo y la patriotería trabajan en contra de los intereses de nuestra civilización y hacen que no podamos juntarnos. Pues no podemos juntarnos mientras no seamos libres todos, mientras no acabemos de comprender que el propósito primero del hispanoamericano debe ser el aniquilamiento de las tiranías, de todas las tiranías del continente.

EL PROBLEMA DEL BRASIL

La fuerza de los impulsos espirituales es capaz de reformar la geografía y de borrar en un instante todos los prejuicios del nacionalismo; pero el Brasil ¿acaso no tiene otro idioma, tradiciones y origen distintos de los nuestros; y sus intereses no llegarán a estar en conflicto con los de la América Española?

El Brasil realizó su independencia pacíficamente, de suerte que no se verificaron allí las transformaciones radi-

cales que la guerra de independencia produjo desde el Bravo hasta el Plata. Social y políticamente, el Brasil ha continuado unido a su patria de origen, de una manera mucho más íntima que nosotros con España. De esta suerte y a causa de la evolución normal, el Brasil se ha conservado criollo; no ha roto su tradición, no se ha hecho cosa nueva en el mismo grado en que lo somos nosotros.

Por otra parte, los grandes recursos que el país posee; su territorio inmenso y feracísimo, su creciente población, todo lo lleva a convertirse en una gran potencia; una de las primeras del mundo, así que la ciencia aprenda a vencer los inconvenientes que el excesivo calor opone a la vida humana, pero sin prescindir de su riqueza germinadora, ni de la magnífica potencialidad que da al ambiente.

Quizás antes de un siglo, el Brasil, henchido de población, comenzará a abrirse nuevos caminos; se sentirá tal vez ahogado por el abrazo hispánico desde el Plata, a través de Bolivia y Perú, hasta Colombia y Venezuela; y así como los Estados Unidos de América codiciaron y obtuvieron la California, el Brasil quizás llegue a codiciar el Perú y lo obtendrá, si antes el Perú no puebla con su noble raza laboriosa, toda la región amazónica que le pertenece—una región donde ya el Brasil ha realizado avances considerables, gracias al estancamiento de la población peruana. Y al caso del Brasil hay que agregar otros muchos síntomas adversos: por más que el sentimiento de los pueblos afirme los sinceros deseos de la unión, ¿para qué son esas escuadras en que se malgasta un dinero que tanta falta hace para el desarrollo interno? Junto con muchos

beneficios, heredamos de Europa una infinidad de prejuicios y de vicios: la ambición de territorio, aunque no lo necesitemos; el nacionalismo que derrocha esfuerzos colectivos en alimentar rivalidades necias, pero se desentiende de los grandes proyectos generosos y prácticamente fecundos. Basta mirar el mapa de la América del Sur para comprender la obra del nacionalismo estrecho y ambicioso que nos ha dominado durante un siglo. Países divididos; países dispersos, disputas de fronteras, cordilleras que se paran a los pueblos, desiertos que prolongan esas distancias, envidias que las ahondan y por encima de todo esto, un sueño que parece vano; un sueño formulado hace un siglo por la boca profética del Libertador y que nosotros, hombres pequeños, no hemos podido cumplir.

Los hechos, se nos dice, poseen una fuerza incontrastable; la dura realidad de los hechos, en efecto, nos parece a veces más fuerte que el valor de las palabras, y al fin y al cabo sólo de palabras dispone el que piensa y pretende reformar con el pensamiento; pero al mismo tiempo y frente a esta doctrina inglesa, hay que poner la otra, que corresponde al tercer período de las relaciones sociales, la doctrina de que el espíritu no es más que un esfuerzo victorioso sobre la ley ciega de los hechos, y de que si este esfuerzo no fuera capaz de reformar el medio ambiente, la humanidad jamás se habría levantado del nivel del bruto. Una contemplación inteligente de la historia demuestra que las acciones, las voluntades, las aspiraciones de los hombres, forman una corriente suprema que pasa por encima del medio y de todos los lugares comunes del materialismo. El alma de los pueblos vigorosos e iluminados constituye un factor mucho más importante que todas las fatalidades ambientales. La historia de nuestro continente comenzó con un cambio de la geografía del mundo; nada de extraño tendrá, pues, que andando los años veamos operarse un cambio espiritual que transforme las relaciones humanas haciéndolas depender, ya no del comercio, ni del medio físico, ni de la necesidad estratégica, sino del albedrío y del goce.

Todo esto que se intenta expresar en forma oscura y difusa, se me apareció muy claro una vez, y no fué por obra de la razón racional, de por sí tan vacía de sentido, sino por aquel otro supremo juicio que Kant llamó «juicio estético», del cual es fácil deducir una ley de afinidades y fusiones no alógicas, ni lógicas, sino estéticas y sintéticas. El caso ocurrió en un teatro limeño; el anuncio de bailes y canciones del Brasil había llenado la sala; el lujo de aquellas mujeres finas y viva-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de la prensa hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).....	3-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

ces, de dulces ojos sentimentales, entretenía la espera.

Salió por fin la pareja brasileira y comenzaron las machichas y los fados, alternando con canciones en portugués; era ella mórbida y delicada, de ojos negros inmensos y una suavidad fascinadora. Con voz clara y un dejo de gracia inolvidable cantaba y repetía una copla: «No hay lugar como el Sertao», y se movía con la soltura melodiosa de la bailarina ibérica. Mirándola nos parecía estar en presencia de una de las hermosas de Eca de Queirós y aun hacía pensar en las caricias incitantes de que él nos habla en su picaresco y magnífico estilo.

Pero aparte de asociaciones literarias, el arte intenso y espontáneo de la bailarina nos producía goce como de quien vuelve a algo suyo ignorado o muy distante, o como si del fondo de nuestra conciencia étnica naciesen emociones de dicha profunda jamás gustada. Aquello era extraño pero no discordante. No era el son tantas veces escuchado pero nunca afín, del «ragtime» sajón que parece desarrollar una esfera de sensibilidad a donde no podemos ni queremos entrar; era un canto oído por primera vez, y sin embargo, sonaba amable y familiar como la voz de una amante conocida en sueños, y cuya queja descubría los bosques lozanos, los confines ilimitados del pródigo Brasil, donde una raza hermana nos acoge y nos invita a quedarnos. Por eso el estribillo de la canción despertaba músicas interiores: «No hay lugar como el Sertao», y el enigmático Sertao subía en la imaginación como un símbolo de toda la dulce América del Sur.

Muchas gentes dirán que esta es una manera trivial de discutir problemas graves. Pero a mí la lección de la bailarina me parece más profunda que muchas sociologías; ella enseña que así que se junten por el crecimiento y la proximidad, las dos razas afines, la brasileña y la nuestra, no van a quedar como estamos con otras, pegados, pero no confundidos; sino que allí sí la simpatía unirá las conciencias, y la pasión amorosa romperá las barreras políticas. Allí la común sensibilidad estética desarrollará una cultura homogénea, el ideal colectivo prevalecerá sobre las rivalidades del interés, y siendo como uno en el alma, seremos uno en historia y en bienes—los hispanos y los lusitanos—hasta el día en que pueda decirse igual cosa de todos los pueblos de la tierra, en esta civilización indo española que ya hace tiempo adoptó la divisa de: América para la Humanidad.

Y si es cierto que pretendemos crear una civilización benéfica para toda la humanidad, ¿no resultará nuestro culto de la raza un retroceso respecto de los

ideales socialistas que ya predicán el sacrificio del patriotismo para servir mejor el interés general de todos los hombres?

No es un retroceso, porque la era estética supone que no sólo las naciones, sino también los individuos, regirán sus actos, ya no por el móvil de la codicia y el odio, sino por la ley de belleza y de amor, que es innata en los corazones.

Una vez que los conflictos económicos sean resueltos equitativamente, y así que ya no haya explotadores ni esclavos, no existirán tampoco odios internacionales, ni antipatías de raza, y entonces cada pueblo cultivará sus características propias sin ánimo de rivalidad, sino más bien con el afán de enriquecer el acervo de la civilización. Las diferencias individuales serán motivo de estímulo y de goce, y se resolverán sin choques en el anhelo común que a todos nos impele hacia arriba.

La riqueza dentro de la unidad, esto es, el individuo, y cada estirpe es como un género en la multiplicidad de los aspectos de la belleza. Y en el

orden moral una estirpe se constituye, más bien que por la sangre, por las ideas y la especial manera de concebir lo hermoso. Este modo de considerar el proceso de la historia, no se funda en una clasificación arbitraria, sino que corresponde al mismo proceso del espíritu humano en su desarrollo terrestre. Primero es la individualidad dominada por el apetito, gobernada por la necesidad; después la inteligencia amplía la acción del yo y se adapta a sí misma una parte del mundo; y finalmente aparece el sentido estético, el juicio estético distinto y superior al intelectual y al ético, explorando el universo para construir un mundo desinteresado y mejor que los otros; pues lejos de que el individuo sea un producto y consecuencia de su medio, el milagro de la conciencia es lo que construye y transfigura el medio; no siendo el universo más que una ilusión nuestra, una especie de nebulosa que rodea el alma, y que acaso es tránsito de realidad divina, pero no la realidad misma.

(*Revista Mexicana de Derecho Internacional*, México, D. F.)

Depuración de nuestro americanismo

POR RAFAEL ALTAMIRA

UN escritor argentino, Alberto Ghiraldo, acaba de publicar el volumen I de una «Antología americana». Este volumen va dedicado a nueve de los que el editor llama «precursores», y esos nueve son nada menos que Mariano Moreno, Bolívar, Luz y Caballero, San Martín, Fernández de Lizardi, Larrañaga, Camilo Enríquez, Torres y Mejía Lequerica.

Desde hace una semana, y en todos los instantes que mi vida compleja me permite la delicia de la lectura de placer, esa «Antología» es «mi libro». Sus páginas, refrescando en mí el conocimiento de textos que constituyen el abecedario de todo el que se proponga estudiar a fondo la historia del mundo hispanoamericano, renuevan ante mi espíritu la visión de aquellos hombres representativos, verdaderos fundadores de pueblos, y en quienes la expresión de la idealidad común a su época se combina con las zozobras y dolores del alumbramiento de sociedades que habían de resolver de golpe el problema, insoluble en lógica, de afirmar una personalidad nacional, cuando aún no existía más que el anhelo de la nacionalidad. Pero la Historia, es decir, los apremios de la realidad histórica, se ríen de la lógica muy a menudo, y van resolviendo los problemas sin atenerse a orden social y anti-

cipando las conclusiones en cuanto son necesarias para la continuación de la vida.

Y lo primero que salta a la vista leyendo a esos «precursores» es la verdad de una afirmación ya vieja en la literatura americanista, aunque ahora se la remache y fortifique con nuevas probanzas: la de que la guerra de independencia americana fué una guerra civil. Al adherirme a esta opinión no entiendo esas palabras de «guerra civil» en el sentido correspondiente a la consideración en que—según el mismo San Martín recuerda en una de sus cartas—tenían los generales españoles a los patriotas americanos, sino en aquel otro según el cual los que riñeron en América entonces no fueron dos pueblos—el criollo y el peninsular,—sino dos políticas exactamente lo mismo que lucharon en España desde 1808 a 1833, y luego todavía en otro plano de oposición.

Para un liberal español, en efecto, las doctrinas y aspiraciones de los «precursores» americanos suenan exactamente como las de los doceañistas más radicales o las de los hombres de 1820. Aquellos patriotas que aspiraban a vivir una vida de libertad y de organización política moderna hablan como los nuestros, y ni aun hay entre ellos, muchas veces, la diferencia de

que el liberalismo americano haya preferido (era inevitable) la forma de gobierno republicano, mientras que los españoles tardasen muchísimo en abandonar (y no todos) la Monarquía, para volver a ella en su mayor parte.

Después de todo, esta diferencia es accidental, como ya lo pensaba Bolívar y como lo declaran hoy muchos políticos radicales. Pero vuelvo al parecido. Ocurre con el parecido espiritual como con el físico. Divergencias notables en doctrinas o en rasgos no consiguen muchas veces invalidar la semejanza de fondo que los buenos observadores aprecian aún entre las cosas o los espíritus que el vulgo estimaría como más alejados entre sí. Pero es que entre los precursores americanos y los liberales españoles de entonces y de buena parte del siglo XIX las semejanzas exceden a las desemejanzas, a tal punto, que todo hombre a quien el amor a lo que genéricamente se llama la libertad sobrepuje al resquemor patriótico tiene que ver en aquéllos unos verdaderos correligionarios y en sus ideas la repetición de las que a él le han sido y le son gratas. La misma comunidad de los apellidos—tan netamente españoles—ayuda a la ilusión de que estamos leyendo páginas escritas por nuestros «precursores» peninsulares, por los fundadores de la España moderna.

Claro es que, salvo alguna momia de pasadas edades, que tal vez queda por aquí a título de curiosidad histórica, pero sin eficacia ninguna en la opinión, nadie siente aquí resquemor ninguno cuando piensa en la independencia de nuestras colonias americanas y estudia la vida y los escritos de quienes con su verbo y su espada la establecieron. El tiempo, que no sólo trae olvido, sino también reflexión, ha borrado de nosotros todo escozor, así como en el alma de los americanos todo odio. Pero la evolución espiritual no se ha cumplido aún totalmente.

No basta percibir esa comunidad de aspiraciones entre los hombres nuevos (no todos criollos) de las colonias y los de la Península. Sin duda esa percepción explica muchas cosas y acerca grandemente los espíritus. Compañeros de ruta en una misma cruzada que tiene por meta la libertad y el respeto a los derechos de toda persona humana, individual y social, ellos y nosotros podemos comprendernos, y ya no cabe entre nosotros malquerencia. De nuestra parte, la comprensión puede llegar—debe llegar en toda alma serena y ecuaníme—no sólo a la explicación, sino a la justificación de los actos. Y yo creo que ésa es la posición espiritual en que se encuentran todos los españoles que piensan sobre estas cosas, y singularmente los americanistas. Hace años quizá esa posición

fuera patrimonio de unos pocos (Labra, Pi y Margall, verbigracia); hoy es un tópico común que ha ido labrándose, por natural efecto de la acción del pensar reflexivo, en el bloque de las convicciones. Al lado de ella no hay otra cosa que la melancolía emanada de la triste demostración (una vez más) de que los hombres no suelen ver la razón sino después que a golpes se la muestra la experiencia, y de que, por lo general, no han sabido nunca resolver sus problemas sin romper, aunque sea temporalmente, los lazos de la mejor fundada paternidad a impulsos de la violencia y el desamor. No hemos aprendido todavía a desatar el nudo gordiano. Seguiremos cortándolo con la espada, a reserva de dolernos después la cortadura.

Pero todavía no es bastante la justificación. Es ésta un resultado intelectual, que marca sin duda un momento capitalísimo en la depuración de las disposiciones espirituales de un pueblo respecto de otro. Hay que llegar más allá, hay que entrar en el campo del sentimiento y depurar nuestro americanismo hasta llegar al amor de los hombres que sacudieron nuestro dominio político en América, viendo en ellos la encarnación del ideal de libertad y justicia, que no sólo está escrito en la frente de los hombres modernos, sino que substancialmente constituye el fondo del alma española y la más

íntima y jugosa representación de aquel caballero «Don Quijote», que Cervantes comenzó a pintar como una caricatura, de cuyas líneas es dueño y señor el dibujante, y acabó arrastrándole a él y haciéndole decir lo que no se propusiera en un comienzo, pero que estaba gritando en lo más hondo del espíritu de aquel español, a pesar de todas las máculas que hoy descubrimos (a la luz de nuestras ideas modernas) en los hombres del siglo XVI y el XVII.

Convenzámonos de que mientras no lleguemos a la admiración y al entusiasmo de San Martín y de Bolívar, verbigracia, como los tenemos para nuestros héroes de la Independencia y para nuestros maestros de democracia, no estaremos en disposición de espíritu para ser, propiamente y políticamente (en lo más elevado que esta palabra pueda expresar), «americanistas».

La floración de esos sentimientos en mi alma, preparada a ellos desde hace tiempo, pero que sólo ahora los ha incorporado a su conciencia viva, la debo a la lectura de la «Antología», de Ghirardo. Una vez más emana de un libro, en mi vida, uno de esos empujes que nos hacen murmurar, sin saber bien a quién nos dirigimos: «¡Gracias!»

(La Voz, Madrid).

2) H. G. Wells elige los seis hombres más grandes de la historia

Un reportaje con el famoso autor de «The Outline of History»

POR BRUCE BARTON

Trad. de MARTA LORÍA.

(Concluye. Véase el N° 2 del tomo en curso).

—Se incluye en la lista a Aristóteles el maestro, y se excluye de ella a Alejandro el Grande; ¿estará bien hecho? pregunté yo.

—Sin lugar a dudas, me contestó.

—Y eso significa que también están excluidos César y Napoleón ¿no es así?

—Bastante trabajo me ha costado aclarar la actuación de esos caballeros en «The Outline», me responde Mr. Wells, con una risita ahogada. Establezcamos cuál fué la contribución que estos tres hombres, que se apropiaron de tantas de las páginas de nuestra historia, pusieron al servicio de la humanidad. Tomemos a Alejandro como ejemplo. Habiendo heredado de su padre una maravillosa disposición militar, va y conquista la Persia y permanece en indisputable posesión de tan vasto imperio durante seis años.

¿Qué crea entonces? Los historiadores han dicho que helenizó el Oriente, pero en Babilonia y Egipto pululaban los griegos antes de que él fuera; quiere decir que él no fué la causa sino un contribuyente de la helenización. Bajo su poder estuvo durante mucho tiempo todo el mundo comprendido desde el Adriático hasta el Indo, unificación que constituyó siempre el ensueño de su padre. ¿Pero qué medidas tomó Alejandro para hacer duradera esa unión? Ninguna; ni hizo caminos, ni estableció buenas comunicaciones marítimas, y a lo que parece, ni siquiera se preocupó por las instituciones educacionales.

Una cosa hizo, que sus historiadores han juzgado ser la causa de la extinción de las desavenencias de raza: organizó un gran convite de bodas du-

rante el cual él y noventa de sus generales, contrajeron matrimonio con novias persas; al mismo tiempo colmó de regalos a miles de sus soldados que se habían unido con hijas de Asia. Este matrimonio al por mayor puede o no haber sido parte de un vago plan de unión universal; si lo fué, esa fué toda su manifestación que nosotros sepamos. A medida que su poder crecía, se desarrollaban en Alejandro su arrogancia y su violencia; fué un borracho y un asesino cruel y murió en Babilonia a la edad de treinta y tres años a causa de una fiebre que le provino después de una orgía continuada. Casi inmediatamente después de su muerte el Imperio empezó a decaer y lo que de él quedó para que su recuerdo permaneciera en la memoria de los hombres no fué más que una costumbre; antes de él la mayoría de los hombres se dejaban crecer la barba, pero su vanidad fué tanta que no quiso que la barba le cubriera parte de la cara; entonces se la afeitó y así inició la moda en Grecia e Italia que duró muchos siglos, una nueva moda tal vez pero sin ningún valor como factor educativo.

Con César, como con Alejandro, los historiadores han pretendido descubrir las manifestaciones de una maravillosa política mundial, ¿pero cuales son los hechos que lo demuestran? Es un hecho que César fué un hombre disoluto y extravagante, que cuando estaba en la plenitud de su poder y de su vida, cuando podía haber hecho tanto bien por el mundo si de veras hubiera poseído las facultades que se le atribuyen, lo que hacía era gastar su tiempo en Egipto; allí pasaba la mayor parte del año banqueteadose y divirtiéndose con la hermosa Cleopatra. Tenía entonces César cincuenta y cuatro años y ciertamente ese año pasado en Egipto nos hace conocer más bien al hombre sensualista y sentimental, que al amo, director de hombres.

—¿Y Napoleón?

Mr. Wells abre una copia de «The Outline» que está sobre la mesa y busca aquel pasaje que difiere tan maravillosamente de las tradicionales historias, que bien vale la pena de reproducirlo. En él, después de contar cómo Francia se puso completamente en las manos de Bonaparte, dice: «Constituyó esta una oportunidad que a hombre alguno no se le ha presentado; su posición era tal, que debiera haberse reverenciado a sí mismo con respeto, explorar su corazón y servir, hasta lo posible a Dios y a los hombres. En esa época ya el antiguo orden de ideas estaba muerto o muriéndose, nuevas y extrañas fuerzas se abrían paso en el mundo buscando forma y dirección. La expectativa de

una república mundial y de una permanente paz universal se albergaba en las exaltadas mentes de la multitud. Si ese hombre hubiera tenido profundidad de visión, imaginación creadora, si hubiera sido accesible a una ambición desinteresada, podría haber hecho tal obra en provecho de la humanidad que lo hubiera convertido en el verdadero sol de la historia. No hubo más obstáculo para que esto se realizara que la ausencia de una imaginación noble. Y careciendo de ella, Napoleón no pudo hacer nada más que pavonearse sobre esa gran montaña de la oportunidad como un gallo sobre un estercolero. Hasta que... como dijo Víctor Hugo en su formidable estilo, «Dios se cansó de él»...!»

Leído el capítulo anterior, puso el libro sobre la mesa.

—Uno de nuestros catedráticos americanos hizo un estudio de hombres eminentes y valoró a cada cual por la cantidad de espacio que ocupaba en los diccionarios biográficos, y Napoleón sobrepasó a todos, dije yo a Mr. Wells.

—Eso se explica fácilmente me responde él. Un diccionario biográfico es un registro de actividades, no un avalúo de personalidades.

Cualquier comerciante en vinos de Londres junto con la lista de todos sus consumidores y de los clubs que frecuenta, ocuparía un espacio grandioso en un diccionario biográfico, pero eso no nos demostraría que el comerciante en vinos fuera un personaje grandioso. Ni el comerciante en vinos ni Napoleón pertenecen a nuestra lista.

Sin embargo, existió un gran monarca que a mi parecer debe incluirse en la lista.

—¿Carlomagno? pregunté yo.

—No, no es Carlomagno. A Carlomagno lo he clasificado como uno de los «espléndidos bárbaros», que como muchos otros, abrigaba la vana ambición de restaurar el Imperio. Esto nos prueba que no fué grande, añade Mr. Wells con una sonrisa, porque uno de los rasgos característicos que demuestran la grandeza de un hombre es su capacidad para reconocer que cuando una cosa está muerta, muerta está.

El monarca que yo sugiero vivió mucho tiempo antes de Carlomagno y hasta del mismo César. Gobernaba un vasto imperio que se extendía desde Afghanistan hasta Madras y «Ha sido el único monarca guerrero que cuenta la historia que haya abandonado la vida militar después de la victoria». Después de una guerra triunfal, su primera y única guerra, anunció que desde entonces se alejaría del campo de batalla y se consagraría a hacer feliz a su

pueblo. Empezó entonces la construcción de pozos y la plantación de árboles de sombra; nombró a sus oficiales supervisores de obras de caridad; inauguró jardines destinados al cultivo de plantas medicinales y destinó cierta cantidad de dinero para la educación de la mujer. Se esforzó por hacer nacer en su pueblo una mejor comprensión de las doctrinas de Budha para que le sirvieran de guía hacia una vida más feliz. Durante veintiocho años trabajó sana y generosamente por el mejoramiento de las verdaderas necesidades de los hombres. Entre el sinnúmero de reyes, emperadores y majestades grandes y pequeñas, Asoka se destaca casi solo, como una estrella. Y entre el gran número de personas que conservan su nombre con cariño, muchas habrá que tal vez no habrán oído nunca el nombre de Carlomagno.

—«No fué sino cuando leí «The Outline» que conocí el nombre de Asoka», dije a Mr. Wells.

—¿No es desconsolador que entre tantos monarcas que gobernaron solamente uno haya logrado incluir su nombre en la lista? Ni aparece tampoco un primer ministro, ni Richelieu, ni Talleyrand, ni Pitt.

—Oh no! su actuación fué pasajera, me replica Mr. Wells. Pero hay un inglés que merece un puesto en nuestra lista, a mi parecer. Este fué un hombre que careció de muchos de los elementos de grandeza, pero que, sin embargo, constituyó un factor muy importante en el progreso humano; su nombre es Roger Bacon. Sabemos muy poco acerca de su vida, pero sus libros de estilo vehemente y a veces hasta hiriente, claman con insistencia apasionada sobre la necesidad de la experimentación y compilación de conocimientos.

Experimentación! Experimentación! gritaba una y otra vez, como una promesa de lo que la experimentación haría posible una vez que los hombres rompieran las cadenas de la autoridad e ignorancia. Así escribió aquel famoso párrafo que ha sido con tanta frecuencia citado. Recuérdese que lo escribió hace más de seiscientos años, entre los años 1210 y 1293.

«Las máquinas de navegación se hacen posibles sin el empleo de remos, pues que los grandes buques adaptables a ríos y océanos pueden ser más fácilmente movidos si son guiados por un solo hombre que si son guiados por muchos. De la misma manera pueden construirse carros que sin la ayuda de ningún animal de carga, puedan moverse «cum impetu inestimable», como imaginamos lo hacían los carros guadañas con que combatían los antiguos. Las máquinas voladoras también se hacen posibles si un hombre

se sienta en medio y le da vuelta a un invento, por medio del cual unas alas pudieran cortar el aire a modo de pájaros voladores».

—De este modo condujo Roger Bacon a los hombres a pensar sobre nuevos derroteros y su influencia ha persistido para beneficio de todas las generaciones.

Habrán muchas personas que presentarán candidatos y reclamarán de una manera convincente sus derechos para ocupar un lugar en nuestra lista, si hay siempre algún hombre que sobresale entre los hombres de su época; pero al precisar su actuación se hace difícil aclarar cuánto de lo que él parece ser se debe a sus propias fuerzas, cuánto a sus contemporáneos, y cuánto a las circunstancias. Y los cinco hombres que hemos incluido en nuestra lista, representan, en mi concepto, contribuciones fundamentales para el pensamiento y el progreso humano.

Ahora, si Ud. quiere penetrar en los tiempos modernos y buscar un sexto nombre para completar la lista, el problema se dificulta. En la historia moderna se presenta un fenómeno sorprendente; ese fenómeno es América. América representa algo tan nuevo, tan tremendo, tan lleno de promesas para el futuro de la humanidad, que nos hace creer que ella tiene el derecho para designar, a lo menos, uno de los miembros de nuestra lista. ¿Será a Washington o a Lincoln...? Sin Washington, quien sabe si hubieran existido los EE. UU.; y sin embargo, no es Washington el americano típico: él representa el caballero inglés. Todos sus gustos, costumbres, muchas de sus sociedades y amistades nos hacen retroceder a la madre patria. América pudo haber importado su Washington enteramente acabado del viejo mundo, pero ella tuvo que producir su propio Lincoln. Lincoln sobre todos parece simbolizar el carácter americano; él significa la igualdad ante la oportunidad, la igualdad de derechos que autoriza hasta el niño del más humilde hogar para alcanzar el puesto más elevado.

Su sencillez, su humor, su optimismo inalterable, basado en la convicción de que el derecho debe prevalecer y que los deseos deben lograrse, nos dan a conocer lo bien dotado que estaba.

Para el historiador es muy interesante y significativo ver cómo su vida ha alcanzado tales proporciones. No hace ni medio siglo que murió y ya tiene conquistado un lugar permanente en el afecto de nuestros hombres y de los hombres de todas las naciones. Yo creo que hacemos bien al incluir a Abraham Lincoln en nuestra lista de hombres eternamente grandes, no so-

lamente a causa de su propia grandeza, sino a causa de la grandeza del espíritu de América, que él más que ningún otro americano simboliza.

Mr. Wells dobla el papel en el cual están escritas mis preguntas, queriendo así significar cortesmente que ya ha hablado demasiado.

Yo eché una ojeada a la lista de los seis grandes hombres: Jesús, Budha, Aristóteles, Asoka, Bacon, Lincoln. Indudablemente, una lista hecha a propósito para despertar la admiración, para provocar problemas en la mente de los hombres acerca del por qué de vivir la vida. Sí, y también preguntas personales; pienso en la multitud de reyes que erigieron templos y arcos con el objeto de inmortalizar sus nombres, tratando de asegurar su recuerdo por medio del ladrillo y de la piedra; en los millares de emperadores que creyeron ser inmortales decretando durante su vida su propia divinidad. Ninguno de ellos está en la lista, ningún millonario lo está tampoco, exceptuando tal vez a Asoka, quien está incluido en ella, no a causa de lo que *poseyó*, sino a causa de lo que *dió*. Parece una burla cruel que todos los hombres que trataron de procurarse fama con todo el ardor de sus egoístas resoluciones se incapacitaron para ser recordados, mientras que seis hombres sencillos y verdaderos alcanzaron una distinción eterna.

Recuerdo aquí la observación de Emerson, que nos dice que la mayoría de los hombres se atormentan por caer en la fosa anónima, mientras que una que otra alma generosa, olvidándose de sí misma, cae en la inmortalidad, y así se lo hago notar a Mr. Wells.

—Hay mucho de verdad en eso, me responde. Pensamos que la historia de la humanidad es muy larga, pero no es así. Hay en Ceylán un árbol que es probablemente la cosa viviente más vieja del mundo. Este nació de una vieja rama del Bo, árbol bajo el cual tuvo Budha su primera experiencia espiritual y ha sido cuidado con cariño durante muchos siglos; sus ramas están sostenidas por pilares y muy a menudo a su alrededor se amontona la tierra para que así pueda echar nuevas raíces. No sabemos cuántas generaciones más verá este árbol, pero sí sabemos las que ha visto ya. Fue plantado en el año 245 antes de Jesucristo. Cuando César nació ya estaba viejo. ¡Qué conjunto de años, comprendidos desde que el hombre empezó a compilar la historia hasta nuestros días, es comparable a la vida de un sólo árbol, es algo que espanta! Estamos todavía en los comienzos de las cosas; sin embargo, han pasado ya bastantes siglos para hacernos capaces de juzgar qué clase de

vida y qué clase de influencia es la que perdura más allá de la tumba. Al escribir «The Outline of History», donde todo tenía que resumirse, no encontramos lugar en que poner a los emperadores romanos, ni para nombrar siquiera a muchos de los reyes de Francia, Alemania y Gran Bretaña; pero concedimos muchas páginas a un pobre monje llamado Lutero y a otros dos seres, como él humildes y sencillos, a Loyola y a San Francisco de Asís. ¿Por qué? Porque los reyes y los emperadores lo único que hacían era *adquirir*, y estos hombres *daban* y bajo la influencia de sus dádivas, introdujeron cambios permanentes en el pensamiento y en la vida de millones de hombres. Ellos fueron, en primer lugar, los seis hombres que hemos colocado en nuestra lista de honor. Y si los lectores de «The American Magazine» desean comprender mejor los distintivos que producen una verdadera felicidad y una influencia decisiva, lo mejor que pueden hacer es leer todo lo que puedan encontrar sobre la vida y las obras de estos seis hombres. Las características que ellos simbolizaron son aquellas a las cuales la humanidad pagará más y más tributo en lo venidero. Napoleón tuvo una aceptación que duró veinte años, el Napoleón moderno con dificultad la tendría por cinco años y hasta me atrevería a decir que probablemente sería cercenado antes de que tuviera oportunidad de desarrollarse. Ha pasado ya la época de que el mundo tolere, por no decir honre, a hombres que no son más que *logreros*.

Un ejemplo sorprendente del cambio de ideas que se está efectuando en todas partes, se revela en un discurso pronunciado hace algún tiempo ante los rectores de las escuelas inglesas de Leeds. Fué el orador Mr. F. W. Sanderson, rector de «The Oundle School», escuela en que son educados los hijos de las familias más aristocráticas.

He aquí lo que dijo:

«Hasta aquí hemos estado educando nuestros jóvenes para la aristocracia, en adelante los educaremos para el servicio».

Esto que fué dicho hace unos pocos meses, no es más que un eco de lo que dijo Jesús hace 1900 años y de lo que Budha, en diferente lenguaje, predicó todavía quinientos años antes. Nuestra lista de grandes hombres nos demuestra la verdad de aquella máxima que dice: «El más grande será aquel que obtenga y sostenga su puesto por medio del mayor y mejor servicio para con los demás». Si uno no se absorbe en el servicio de los otros, la recompensa no vendrá, y esa verdad

la comprobaremos en el transcurso de la vida.

Al sugerir así a los hombres ambiciosos que se familiaricen con la vida de los grandes hombres les damos un provechoso consejo, pues si tal lectura no les dará a conocer el camino

que conduce a las riquezas y a los honores, sí les revelará algo infinitamente superior: les inculcará el amor por la vida de cooperación y servicio, que es la única vida que immortaliza. *Eso es lo que constituye el éxito.*

Nicaragua, tierra de porvenir

POR GEORGE ROUMA

PARA cortar toda posibilidad de un largo atraso, pasamos de Honduras a Nicaragua en gasolina, al través de las aguas, a veces agitadas, del Golfo de Fonseca. Se viaja de noche, pues el mar está generalmente más tranquilo después de la puesta del sol, saliendo de San Lorenzo para el pequeño puerto de «El Tempisque». Hay que atravesar enseguida la montaña desde «El Tempisque» hasta Chinandega a caballo, o sean 35 kilómetros, y en fin, desde esta última ciudad hay ferrocarril hasta Managua, la capital.

El comité de recepción de Chinandega, conducido por nuestro Cónsul señor Layrac, vino a encontrarnos a «El Tempisque». Un audaz sportman, abriéndose paso por la montaña con hacha y machete, logró traer su «Buick» hasta el pequeño puerto. Gracias a él hicimos un viaje inolvidable, en auto, al través de los frescos helechos, bajo los maravillosos árboles de una selva tropical.

Chinandega se encuentra sobre el camino de hierro entre el puerto de Corinto y Managua. Es un centro agrícola muy importante, que presenta esta particularidad enteramente simpática: y es que unos cincuenta de sus habitantes de ambos sexos han recibido su educación en nuestras escuelas de Bélgica y profesan por nuestro país un verdadero culto. El iniciador de este movimiento es el señor Santiago Callejas, ex-Ministro, persona muy influyente y que hizo sus estudios en un colegio de las inmediaciones de Gante. ⁽¹⁾

Chinandega hizo una entusiasta recepción a la Misión Belga. El gobierno puso a nuestra disposición un carruaje especial de ferrocarril para el viaje a la capital, en donde fué saludada la Misión por el general Dionisio Estrada, en nombre del Presidente de la República; por el Jefe del Protocolo, en nombre del Ministro de Relaciones Exteriores, y por otros personajes. El Presidente recibió a la Misión al día siguiente y manifestó toda la admiración que siente por Bélgica y los votos

que hacía por el éxito de nuestros esfuerzos en Nicaragua.

Nicaragua es el país más grande de la América Central. Su superficie es cinco veces más grande que Bélgica. Su población es de 650,000 habitantes, es decir, 4 y medio por kilómetro cuadrado. Todas las antiguas ciudades españolas: Granada, Managua, León y Chinandega se encuentran al lado del Pacífico, en medio de planicies fértiles, pero muy calientes, entre las cuales se levantan los conos de volcanes, varios de los que, como el Momotombo y el Cosigüina, llevan nombres célebres. Allí también se encuentran las aguas tranquilas de los lagos de Managua. Un ferrocarril que parte de Corinto y termina en Granada, enlaza todas las ciudades principales de esta región del Pacífico, la más poblada y la más interesante. Antes estaba conectada con el Atlántico por medio de vaporcitos de río, saliendo de Granada y atravesando el Lago, largo de 154 kilómetros, descendiendo enseguida el río San Juan hasta el Atlántico. Este servicio se ha suspendido, pero aún hay gasolinas que hacen el viaje con alguna frecuencia. Hay una tradición que pretende que antes de la conquista existía un pasaje natural entre el Lago de Managua y el Golfo de Fonseca, en el Pacífico. Y como el Lago de Managua está unido al Gran Lago de Nicaragua por el río Tipitapa, hubo, pues, una comunicación interoceánica al través de Nicaragua. Se hicieron estudios en diferentes épocas, notándose la del Príncipe Napoleón durante su detención en Ham, para construir un canal interoceánico de gran capacidad, utilizando las grandes ventajas naturales que ofrece Nicaragua con sus grandes lagos y el río San Juan. En 1916 los Estados Unidos firmaron una Convención con Nicaragua—por la cual se le reconoce a la patria de Washington el derecho de opción para construir un canal, siguiendo un plano que los americanos se reservan el derecho de indicar en lo futuro. Gozarán del derecho de soberanía sobre una zona de 5 kilómetros a cada lado del canal. En cambio, los Estados Unidos pagarán tres mi-

llones de dólares. Por otra parte, Nicaragua ha arrendado a los Estados Unidos por un término de 99 años, renovable, la soberanía de ciertas islas del mar Caribe y ha permitido establecer una base naval en el Golfo de Fonseca. Para poder comprender estos arreglos hay que acordarse que los Estados Unidos intervinieron en la revolución de 1912, que desde entonces tienen una guarnición en Managua y toman parte activa en forma de indicaciones en la dirección de los asuntos públicos. Fué entonces cuando un banco nacional se fundó con capital americano y un personal directivo americano también. Esta institución concentra todos los servicios de percepción de pagos del Estado. Fijó el valor del córdoba o peso nicaragüense a un dólar y controla estrechamente la emisión de billetes, de manera que éstos puedan ser siempre cambiados por letras a la vista sobre Nueva York y conservar así la paridad del dólar y el córdoba.

La deuda exterior de Nicaragua no es grande y su servicio está asegurado puntualmente por las rentas aduaneras, las cuales están administradas por un experto americano. Nicaragua exporta café, cacao, azúcar y maderas. El alza excepcional seguida de una baja exagerada de estos productos en los últimos dos años, ha producido un malestar comercial que se disipa con dificultad. El término medio de las importaciones representa un valor de 80 millones de francos. Los Estados Unidos suministran el 80 % e Inglaterra el 12 %. Se nota entre los comerciantes una corriente de simpatía a favor de los productos europeos, que sería fácil estimular.

NICARAGUA, el país de los lagos, la patria de Rubén Darío, el poeta más grande de la América Latina, es también el país de la Fe soberana. Durante la Semana Santa, asistimos a la suspensión completa de la vida económica; los almacenes y los bancos están cerrados, los diarios no se editan, el servicio de trenes está suspendido lo mismo que el de coches y a los de las ciudades, el telégrafo no recibe sino telegramas muy urgentes que pagan doble tarifa; toda la vida activa de la ciudad se paraliza. En la soledad de las largas calles polvosas, grupos de gente del pueblo pasan recitando oraciones en alta voz y hacia la caída de la tarde, todos los días, una procesión sale de la Catedral y recuerda un episodio de la Pasión de Jesucristo. Durante ocho días la España medioeval aparece en este país tropical... y este espectáculo explica algunas cosas graves que se preparan o se realizan en esta nación de poetas, de oradores y de creyentes. Mientras que Nicaragua soñaba o rezaba, o se

(1) La Maison de Melle, colegio de primer orden regentado por los Reverendos Padres Jesuitas.—Nota del Traductor.

inflamaba en discursos brillantes o se arruinaba en conspiraciones, el HOMBRE DEL NORTE llegó, estudió las riquezas de ese suelo privilegiado, reconoció las grandes ventajas que presenta su topografía y su maravillosa situación geográfica. Ofreció sus consejos y luego IMPUSO su tutela. Antes de veinte años las vastas zonas petrolíferas actualmente desconocidas, estarán en plena explotación, el país poseerá cultivos de bananos y de caña de azúcar más vastos que los de hoy, habrá poderosas industrias agrícolas, pero todo será AMERICANO lo mismo que los bancos, los caminos de hierro y los puertos.

(La Información. Bluefields).

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA

DIRECTOR: MARIO GUIRAL MORENO

Cuba Contemporánea ve la luz pública el día 19 de cada mes, en número de 96 a 136 páginas. Al año forma tres magníficos tomos de más de 350 páginas cada uno.

Esta revista cuenta con la colaboración de renombrados escritores de Cuba y del resto de América, en todos los órdenes.

PRECIOS DE SUSCRICION (franqueo incluido)

En Cuba Estados Unidos y México: el año, \$ 5.00 oro cubano o de los EE. UU. En los demás países: \$ 6.00 oro de los Estados Unidos. Número corriente, \$ 0.50 y atrasado \$ 1.00 en igual moneda.

Cada colección de años anteriores: \$ 10.00 en Cuba y \$ 12.00 en el extranjero.

Redacción y Administración:

O'REILLY 11 -- HABANA -- CUBA

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

EDICIONES

del "Repertorio Americano"

Un capítulo de Sismondi.....	0.15 oro am.
Orientación Ideológica Por Luis López de Mesa.....	0.15 » »
Colegio de Cartago. Por Ricardo Jiménez.....	0.15 » »
Pasteur y Metchnikoff. Por C. Picado T.....	0.40 » »
El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad. Por R. Brenes Mesén.....	0.15 » »
Discursos. Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo.....	0.15 » »
Recogimiento. Por Rogelio Sotela.....	0.30 » »
La personalidad literaria de Ventura García Calderón. Por Napoleón Pacheco.....	0.25 » »
José Ignacio Escobar: Escritos. Con prólogo del Dr. Diego Mendoza.....	0.15 » »
Poetas Norteamericanos: Walt Whitman. Por A. Torres Riosco.....	0.40 » »
Cesarismo Teocrático. Por Cornelio Hispano.....	0.20 » »
Para los gorrones. Por Rubén Coto.....	0.40 » »

Una Canción para las madres.

= Meciendo =

(Berceuse)

Poesía de Gabriela Mistral

Andantino modto. Ee mar sus millares de o-las me-ce, di-

vi-no o-yen do a los mares a man-tes me-z-co a mi ni-ño. El

vien-to errabundo en la no-che-me-ce los tri-gos, o-

yen do a los vientos a-man-tes me-z-co a mi ni-ño. Dios

Pa-dre sus miles de mun-dos me-ce sin rui-do, o-yen do su mano la

son-bra me-z-co a mi ni-ño 1a ni-ño 2a

Dios

Música de Isaac Blandina

Julio 10 of 1922

S. J. Costa Rica

(Cortesía del señor Director de La Escuela Costarricense).

Canciones de las madres

POR GABRIELA MISTRAL

[Mi distinguido Director y amigo:

Sigo con cariño y admiración los progresos—muy grandes—de LA ESCUELA COSTARRICENSE. No la he olvidado: dije que le mandaran mis «Rondas de Niños». Parece que no las ha recibido. Van esos cantos de madres. Se los envío porque pienso que toda revista de educación se hace para maestros y padres.

No sé cómo agradecerle esa reproducción infinita de mi «Oración de la Maestra». ¡Gracias por haberla hecho llegar a todos los corazones!

Pida Ud., amigo, si lo cree conveniente, que algún músico de su país haga música sencilla y tierna a las menos malas de esas canciones. Aquí ya la tienen. Yo quiero que lleguen a las mujeres para quienes las he escrito; yo aspiro a que siquiera un niño se duerma arrullado por la ternura que en ellas puse, (ternura, no belleza).

Saludo a usted y a los compañeros de su noble labor, cariñosamente,

Santiago de Chile, 1922.

GABRIELA MISTRAL]

1. MECIENDO

El mar sus millares de olas
mece, divino.

Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche

mece los trigos.

Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.

Oyendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

2. APEGADO A MI

Velloncito de mi carne
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
¡duérmete apegado a mí!
La perdiz duerme en el trébol
escuchándolo latir:
no despiertes por mi aliento
¡duérmete apegado a mí!

Hierbecita temblorosa,
asombrada de vivir,
no te sueltes de mi pecho:
¡duérmete apegado a mí!
Yo que todo lo he perdido,
ahora tiemblo hasta al dormir.
No resbales de mi brazo:
¡duérmete apegado a mí!

3. SUAVIDADES

Cuando te estoy cantando,
en la Tierra acaba el mal:
todo es dulce cual tus sienes:
la barranca, el espinar.

Cuando te estoy cantando,
se me borra la crueldad:
suaves son, como tus párpados,
¡el león con el chacal!

4. YO NO TENGO SOLEDAD

Es la noche desamparo
de las sierras hasta el mar.
Pero yo, la que te mece,
¡yo no tengo soledad!

Es el cielo desamparo,
pues la luna cae al mar.
Pero yo, la que te estrecha,
¡yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo.
Toda carne triste va.
Pero yo, la que te oprime,
¡yo no tengo soledad!

LAS CANCIONES DE CUNA

Los poetas han olvidado, como las rondas de niños, las canciones de cuna.

Suelo pasar en las noches por las calles de mi barrio pobre, y oigo venir desde el fondo de un corredor oscuro la estrofa grotesca que, con una melodía dulcísima, canta la mujer del pueblo—la madre más amante—haciendo dormir a su hijo.

Y se me baña el alma de ternura al recordar que yo, más feliz que ese niño, tuve otras canciones: cuatro o cinco estrofas que mi padre hizo a su compañera para acunarme. Tal vez no son hermosas; son tiernas y simples, nada más. ¿Y para qué más?

Entonces pienso que yo debo a las madres *sus cantos*, otras cuatro estrofas con que yo devuelva aquellas que caían dulces y mansas como la claridad de la luna sobre mi cuna.

Todos los niños de otras tierras las tienen, ingenuas unas y otras bellísimas, pero las tienen. La *canción de cuna* ha de ser como la gota de agua, divina en su simplicidad y en su descuido. Esta estrofa es, sin embargo, más difícil de hacer que un elegante soneto. Yo pensaba, mientras iba es-

cribiendo estas canciones, en que ellas piden ser entregadas por un artista sumo, un Amado Nervo o un Paul Fort, los de frase transparente y de flexible suavidad. Yo no alcanzaré nunca a esa cima suavísima de perfección; sin embargo, he tanteado humildemente, aquí como en las *rondas de niños*. Sé que abro un camino, con buena voluntad y con ternura.

¡Canciones de cuna! La sola frase hace pasar como un terciopelo sobre el alma; hace afluir a los labios todas las suavidades; abre el manantial de la ternura en mitad del pecho.

Si para los poetas no es suficiente llamado un niño en la cuna y la madre «con amor y sin cantos», podría serlo el ver que la canción de cuna es una escuela de la sobriedad y la sencillez absolutas, tras de las cuales va toda la poesía moderna. En este género, como en todos los populares, la emoción no tolera la carga de muchas metáforas: le basta su temblor íntimo; la

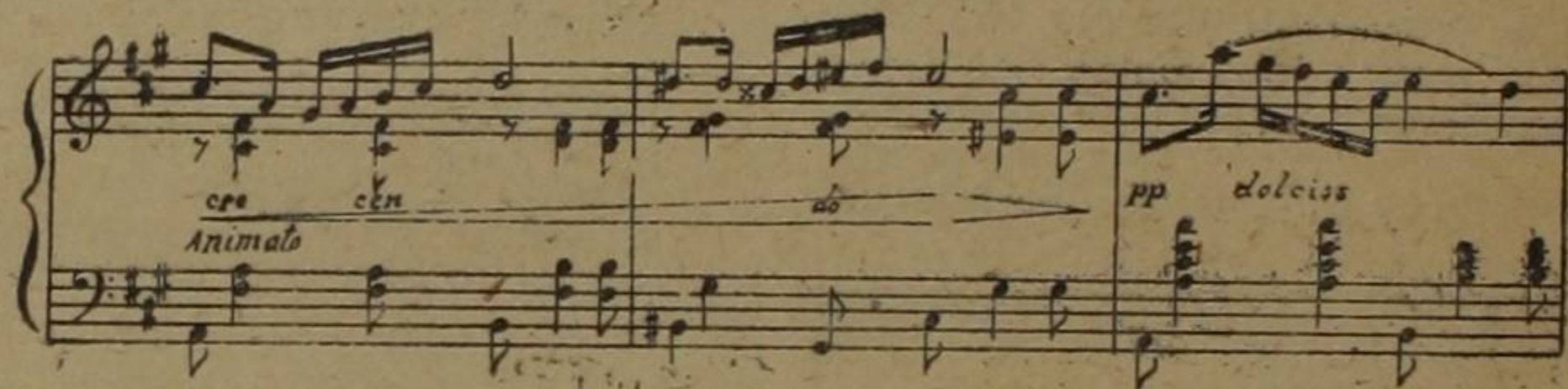
palabra artificiosa repugna aquí más que en otro género y las vulgares, las magulladas por la costumbre, se transfiguran, se hacen vírgenes y cobran resplandor.

Se ven venir los tiempos en que los poemas llamados nobles, las odas y las octavas ilustres, irán quedando para deleite y erudición de profesores de retórica; los demás hombres buscarán sólo las humildes canciones que penetran el corazón como delgada flecha.

También es aplicable al arte aquello que dijo Cristo del Paraíso: «En verdad os digo que el que no llegue a ser como un niño no entrará en el Reino de los cielos». Sólo después de podarnos la retórica, que es la vanidad en el canto, sólo después de quedar desnudos del brillo falso, de las pedrerías lujuriosas del lenguaje, entraremos en la senda clara de la Belleza verdadera y nos será concedida la eternidad, en mérito de lo que abandonamos, de la humildad a que nos convertimos.

MECIENDO

Letra de Gabriela Mistral
Música de Enrique Jiménez Núñez.



me... ce di-vi-no o gen de los mares a-man-tes me... coa mi ni ño, El
rall. a tempo rall.

mf. vien-to er-ra bun-do en la no-che me... co los trigos o yen-do los vien-tos a-man-tes
a tempo p. rall. mf. a tempo

me... coa mi ni ño, Dios Pa-dre sus mi-las de mun-dos
rall. molto Animato a tempo ten. o tempo
scintillante

me... ce sin rui-do o yen-do su mo-nen-to en la no-che me... coa mi ni ño, D.C.
cres. con rall. do mf. a tempo pp. rall. molto L.C.

Quetzaltenango 22 de Julio de 1922

(Cortesía del Sr. Director de La Escuela Costarricense).

Hagamos, pues, las canciones de todas las madres: hagámoslas vulgares, las que el estribillo ingenuo hace prenderse fácilmente en el labio humilde, y hagamos también las otras, las sutiles, que poco a poco irán siendo comprendidas y amadas.

1. LA NOCHE

Porque duermas, hijo mío,
el ocaso no arde más:
no hay más brillo que el rocío,
más blancura que mi faz.

Porque duermas, hijo mío,
el camino enmudeció:
nadie gime sino el río,
nada existe sino yo.

Sube niebla desde el llano;
se cerró el suspiro azul.
Se ha posado como mano
sobre el mundo la quietud.

Yo no sólo fui meciendo
a mi niño en mi cantar;
a la Tierra iba adurmiendo
al vaivén de mi cunar.

2. ME TUVISTE

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo.

Gozaste la luz
viva del jardín.
Todo el bien tuviste
al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la Tierra amante
quien te va meciendo.

Miraste la ardiente
rosa carmesí.
Estrechaste al mundo:
me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es Dios en la sombra
quien te va meciendo.

3. ENCANTAMIENTO

Este niño es un encanto
parecido al fino viento:
si dormida lo amamanto,
que me bebe yo no siento.

Es más rico este mi niño
que la Tierra y que los cielos:
en mi pecho tiene armiño
y en mi canto terciopelos.

Es mi niño tan pequeño
cual el grano de mi trigo:
menos pesa que el ensueño;
no lo ven y está conmigo.

4. LA MADRE TRISTE

Duerme, duerme, dueño mío,
sin zozobra, sin temblor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descanse yo.

Duerme, duerme, y en la noche
seas tú menos rumor
que la hoja de la hierba,
que la seda del vellón.

Duerma en ti la carne mía,
mi fatiga, mi dolor;
en ti ciérrense mis ojos
¡duerma en ti mi corazón!

(De La Escuela Costarricense.
San José de C. R.)

Para los Gorriones

EL sentimiento que me produce la aparición de este pequeño libro, es casi el mismo que he tenido cuando he publicado algo mío. Lo tengo entre mis manos emocionada, como si fuese un hijo con alas, un frágil ser al que voy a dejar volar a través del día y de la noche.

Es un tomo de pequeñas páginas sin trascendencia, sin filosofía de escuela, sin erudición. El poeta que las ha escrito hace pensar en «El Cazador de Imágenes», de Jules Renard, aquel que «salta del lecho muy de mañana y no sale si su espíritu no está limpio, su corazón puro, su cuerpo ligero como un vestido de verano.» *Los ojos van a servir de redes en donde las imágenes se aprisionarán por sí mismas.*

Al leer estos breves poemas humildos y tiernos, recuerdo la inquietud escarlata de las amapolas en los trigales, pequeños cuencos sedientos que levantan el encanto de su cavidad inútil con descuidado gesto y agitan su amable ocio junto a la espiga repleta del grano con que se hace el pan.

¡Oh benditas criaturillas a quienes un beso de la brisa deshoja! Yo os amo por vuestra fragilidad, por vuestra gracia sin pretensiones!

CARMEN LIRA

Ya está en circulación este nuevo tomo de las «Ediciones del Repertorio», cuyo autor es Rubén Coto. Precio del ejemplar: \$ 1.50. Para el exterior: 0.40 oro am.

La soñada intervención

POR PEDRO PEREZ ZELEDON

I

POR amistoso requerimiento de mi ex-Jefe tomo a cargo contestar, en lo tocante a la actuación del gobierno provisional del Lic. don Francisco Aguilar Barquero, los ataques que contra ese ejemplarísimo mandatario se dirigen en el libro que acaba de editar el Lic. don Octavio Quesada Vargas.

El tal libro se compone de unas ciento sesenta páginas de documentos oficiales y no oficiales, reeditados por la décima vez, cuando menos; y de otras tantas páginas de recortes de periódicos, tan conocidos como la ruda. Item más: la portada del libro, un prólogo como de Tácito, por su medida, veinticinco líneas; un epílogo de don Juan María Murillo, de dos páginas y, por último, un índice copioso. ¿Novedades en la obra? ¡Absolutamente ninguna!

El trabajo ha sido de imprenta, esto es, una mera recopilación de papeles leídos y releídos, que vagan en las colecciones de nuestros diarios, oficiales y privados, y en hojas sueltas. La obra es ciertamente meritoria para disponer de todo ese material en un solo volumen; pero no tanto como para desembolsar por ella cinco colones, que es su precio de venta.

Pienso que el mejor modo de rebatir el libro de que me ocupo, sería éste: reeditar en otro volumen semejante cuanto desde su día se ha venido escribiendo en contra, que es copioso y excelente; y lanzar esa nueva recopilación a la calle a un precio más al alcance de las enflaquecidas bolsas de los pocos a quienes deleita este género literario.

Pero como se me ha indicado que algo diga, aunque a mi ver sea por demás, atiendo esa indicación, y cumplo, pese a mis achaques.

Debo comenzar por una advertencia, y es que no me ocuparé en lo mínimo de atacar ni defender la actuación de los señores González Flores y Acosta García, porque ningún punto de contacto tengo con la política desarrollada por ellos, dentro ni fuera del Poder. Ni tampoco defiendiendo ni atacando los procedimientos de los señores Wilson y Chamorro, porque no quiero ni debo salirme del marco que me he trazado, que es simplemente defender la causa de mi Jefe y amigo el señor Aguilar Barquero.

Se enrostra a este mandatario formar parte del *trío* que se dice trajo a Costa Rica la invasión americana.

Pues bien, yo quiero que confundan al Presidente Provisional de Costa Rica surgido el 2 de setiembre de 1919 señalando hecho alguno suyo, de comisión u omisión, desde aquel infausto instante en que el Ministro de la Guerra del Gobierno del señor González Flores se pronunció el negro 27 de enero de 1917, hasta aquel otro instante en que una numerosa asamblea convocada por el Jefe del Estado, General don Juan Bautista Quirós, para tomar en consideración y resolver lo que en la emergencia de entonces más convenía hacer para salvar la autonomía de nuestra patria, en circunstancias tan aciagas; yo quiero, decía, se señale hecho alguno del señor Aguilar Barquero, en ese largo período de más de treinta meses, que demuestre que el preclaro prócer tuvo algo que ver con los movimientos revolucionarios que precedieron al histórico radiograma de Mr. Lansing, comunicado al General Quirós el 1º de setiembre de 1919.

Los procedimientos del Gobierno Tinoco y los de la oposición armada durante ese tenebroso período de 30 meses no encajaban en el marco de conducta pública del señor Aguilar; y se negó tenazmente a la aceptación de nada que significase llegar al Poder sobre charcas de sangre. Resistió al ruego de muchos de sus amigos y partidarios y se concretó al lleno de sus deberes de padre y profesor, apartado de toda ingerencia en la confusión política reinante; si bien sufriendo en silencio las provocaciones de la tiranía loca que dominaba en el país a la sazón.

En la preparación del golpe de Estado del 2 de setiembre, 1919, menos tuvo el señor Aguilar la más insignificante participación. Obedecía al proceder así, a los dictados de su conciencia, sin que fuera parte para desviarse una línea de su conducta la inmensa popularidad que le rodeaba. Recuerdo que en cierta ocasión le aconsejé salir de Costa Rica para su seguridad personal, de continuo amenazada, y me contestó: —No, amigo, aquí moriré al lado de los míos, si llega el caso, cumpliendo con mis deberes, tal como los entiendo. Veo el peligro, pero lo afronto, sin trepidar.

En lo que respecta a responsabilidad por el hecho del 2 de setiembre al asumir el señor Aguilar el ejercicio del Poder Supremo Omnímodo, su actitud está salvaguardada como se verá en seguida.

El Gral. Quirós recibió el histórico radiograma a las 8 de la mañana del 1º de setiembre, e inmediatamente

convocó a su gabinete para considerarlo. El Consejo de Gobierno no quiso asumir la responsabilidad de asunto tan grave y aconsejó oír la opinión de lo más granado del país, hasta donde eso era practicable en aquellas opresoras circunstancias. Se formó la lista de las personas que se creyeron entendidas en esta clase de dificultades, y se invocó su patriotismo para que ayudaran a solucionar el conflicto de la mejor manera posible. Los invitados a aquel gran consejo acudieron presurosos al llamamiento del Gral. Quirós. Se expuso con perfecta sinceridad el estado de las cosas, se comunicó a los presentes gran número de antecedentes de naturaleza confidencial y se debatieron las cuestiones propuestas de una manera amplia, libérrima y cordial, exactamente como se delibera en una cuestión de familia. Poco a poco fué cristalizándose en dos fórmulas únicas la solución deseada y triunfó una de ellas por unos cuantos votos de mayoría. Esa tesis, que fué propuesta por el señor Martín (don Ernesto) tenía el mérito de tronchar y tajar al minuto la dificultad pendiente; y la otra fórmula tenía el inconveniente de retardar la solución apetecible por varios días, con riesgo inminente de que el estado de cosas empeorase entre tanto, quizá por modo irremediable.

En el fondo las tesis, por lo demás, diferían poquísimo la una de la otra. Por la primera entraría el señor Aguilar al ejercicio de la Presidencia instantáneamente, disipándose así los peligros más graves de la situación de aquella noche.

Por la otra, que mantenía en apariencia el orden de cosas existente, se afrontaban simultáneamente peligros internos y externos de la mayor gravedad, algunos definitivamente irremediables.

El señor Aguilar hallábase, a todo esto, en su casa, probablemente enterado del curso de las deliberaciones, pero inactivo de su parte.

Por fin, se tomó la decisión correspondiente; y el general Quirós, con una magnanimidad y un patriotismo de que no conozco ejemplo comparable, dispuso llamar al Jefe electo, para recabar su aceptación.

Cuando apareció don Francisco en el salón, manifestó paladinamente que de ningún modo aceptaría el puesto, sino bajo estas condiciones: 1ª que no actuaría como tercer designado a la Presidencia de la República, pues tal nombramiento, recaído en él años atrás, había caducado; 2ª que asumiría el Poder en concepto de Presidente Provisional para el objeto de sacar a su país de los escabrosos senderos por donde transitaba desde el golpe de 27 de enero de 1917 y llevarlo restuelta-mente, pero sin precipitación, a un

régimen ordinario constitucional, dentro de la ley fundamental de 1871; y 3ª que no se le obligase a festinar las elecciones para Presidente y Congreso Constitucional en propiedad, antes de un tiempo prudente pero holgado, para tan importantes trabajos.

Por aclamación se aceptaron las condiciones propuestas por el nuevo Jefe de la República y se le puso en posesión del cargo.

Claro, clarísimo es que la asamblea, inclusive el personal del Ejecutivo que en ella discutió y adoptó la determinación tomada, constituyó una asamblea revolucionaria, cuyo único norte fué la salvación de la República. Obró, por las inspiraciones del más puro y abnegado patriotismo. Ningún miembro de ella contrajo más mérito, ni se echó encima mayor responsabilidad que sus compañeros, pues la resolución fué solidaria. A ninguno le ocurrió que estaba haciéndose reo del horrendo delito que ahora quiere imputársele a determinadas personas, para objetos de política menuda. Y todos pusieron en aquella memorable ocasión sus vidas y sus honras en prenda, para la salvación de Costa Rica, que dichosamente quedó salvada.

Fueron revolucionarios todos y cada uno de los costarricenses reunidos en dicha magna asamblea, ya votasen por la fórmula 1ª o la 2ª, pues ambas presuponían el derrumbamiento súbito y completo, al minuto, de un orden de cosas, sedicente constitucional, creado por la traición de 27 de enero de 1917; y ambas tenían por obligado precedente el famoso radiograma.

Sólo un distinguido miembro de la asamblea, el Lic. don José Vargas M., propuso, en su afán de dar un cariz de legalidad al llamamiento del señor Aguilar Barquero, convocar al Congreso Peliquista, para que éste nombrase Primer Designado al señor Aguilar y le diese legítima posesión de su empleo; pero esa tesis no prosperó, por la sencilla razón de que Costa Rica demandaba imperiosamente la caída total e inmediata del régimen implantado por el señor Tinoco.

Todos los allí presentes fuimos netos y resueltos revolucionarios, sin exceptuar al señor Aguilar Barquero.

Sólo hubo, es verdad, un miembro conspicuo de la asamblea, a quien puede absolverse del gran pecado, y lo fué el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo don Juan Gaspar Stork, de grata recordación, que a media votación se retiró, sin expresar, que yo sepa, el motivo de su ausencia.

Veamos ahora quiénes formaron aquella magnífica asamblea, o lo que es igual, quiénes responden ante el país y ante la historia del golpe de Estado que llevó al Poder Supremo de

la República al Lic. don Francisco Aguilar Barquero.

He aquí sus nombres:

Lic. don Bernardo Soto, Dr. don Carlos Durán, Lic. don Cleto González Víquez, Lic. don Ricardo Jiménez, Lic. don Andrés Venegas, Lic. don Arturo Volio, Lic. don José Vargas M., Lic. don Leonidas Pacheco, Lic. don Carlos María Jiménez, Lic. don Alejandro Alvarado Q., Lic. don Fabio Baudrit, Lic. don Víctor Guardia, don Ricardo Fernández Guardia, don José Andrés Coronado, don Felipe J. Alvarado, Lic. don José Astúa Aguilar, don Ramón L. Cabezas, Lic. don Ernesto Martín, Dr. don Vicente Lachner Sandoval, Dr. don Daniel Núñez, don Gordiano Fernández, don Federico Quesada, don Salustio Camacho, Lic. don Guillermo Vargas Calvo, don Manuel Antonio Quirós, don Juan Mª Solera, don Miguel Brenes, don Napoleón Quirós, don Francisco Sáenz, don Porfirio Molina, don Rafael Solórzano, don Alejandro Aguilar Machado, don Mariano Zúñiga, Dr. don Mauro Fernández, don Julio Alvarado Barquero, Lic. don Aristides Agüero, Ing. don Alberto Calvo Fernández, don Roberto Figueredo, Dr. don Francisco E. Segreda, don Víctor M. Quirós, Lic. don Luis Anderson, don Manuel Aragón, don Rafael Cañas, Lic. don Francisco Montero Barrantes, Dr. don Francisco Cordero, Lic. don Francisco Ugalde Pérez, don Joaquín García Monge, don Carlos Aragón, don Jenaro Leiva, don Luis García, Lic. don Amadeo Johanning, Lic. don Ezequiel Gutiérrez, Lic. don Buenaventura Casorla, Lic. don Marciano Acosta, Lic. don Alberto Echandi, don Roberto Smyth, don Ricardo Mora F., Presbo. Canónico don Rosendo de J. Valenciano, el señor Obispo Diocesano, don Alejandro Aguilar Mora, Lic. don Pedro Pérez Zeledón.

De los sesenta y un concurrentes sólo dos consignaron su voto rotundamente negativo a saber: don Alejandro Aguilar Mora y el Canónico Valenciano. Todos los demás, excepto el ausente, dieron voto afirmativo, ya de mayoría o minoría, según queda antes explicado.

II

Como se ha visto antes, la gloria o vilipendio del cambio político realizado el 2 de setiembre de 1919, no corresponde a un solo hombre ni a un corto número de hombres, sino que *solidariamente* concierne a sesenta y tantos patriotas verdaderamente representativos, reunidos a instancia de quien, a la sazón, tenía en sus manos el timón de la nave del Estado perentoriamente amenazada de indefectible cabal hundimiento.

Para el llamamiento de las personas invitadas a figurar en el Gran Consejo Nacional no se tuvo en cuenta el color político de ninguna, sino su ciencia, y experiencia reconocidas en el manejo de los negocios públicos, su integridad, su amor a Costa Rica, sus virtudes ciudadanas en suma; seis individuos a lo más habían sido opositores irreductibles del régimen tinquista; cerca de la mitad de la junta había apoyado, de entera buena fe, aquel régimen en sus primeros tiempos; algo así como diez pasaban en la opinión de la gente por neutrales o incoloros; deudos o personas ligadas por intereses pecuniarios con el señor Aguilar no había allí uno solo, estimadores suyos sin género de duda lo eran todos o la gran mayoría, como lo demostró la honorífica designación que de él se hizo para un puesto que tan excelsas cualidades requería para su perfecto desempeño. De igual manera, tengo para mí que en aquella asamblea no hubo concurrente que no abundase en amistosos sentimientos y singular benevolencia para el Jefe esclarecido que sin más norte que el bien y ventura de la patria, confiaba a la hidalguía, pureza y rectitud de los presentes la suerte de la República.

Constituida de esta manera la asamblea, es de todo punto imposible admitir la tesis absurda y denigrante para todos los que en ella tomamos parte, de que formase, como lo quiere el libro de los señores Quesada y Murillo, un despreciable rebaño de viles, sumiso a la orden telegráfica de un amo y señor distante, para que en plazo de horas pusiese a merced de un mezquino, miserable instrumento suyo el territorio, vida, honra porvenir y felicidad de la República, en beneficio de otra raza, conquistadora sin un disparo, tan sólo por obra y gracia de un mensaje inalámbrico, dueña y soberana en adelante de lo que hasta allí fuera la amadísima patria que nos legaron nuestros mayores.

Tesis semejante no es más que un delirio discurrido para sacar, a su amparo, ventajas políticas inasequibles por otra vía mediante el desprestigio—procurado pero no conseguido—de los patriotas que en hora difícil y en aras del bien público, determinaron destruir de un tajo el obstáculo que por treinta meses había conducido a la República, literalmente, al borde del más espantoso abismo, así en lo moral como en lo material.

Respondieron por algunas horas del cambio político efectuado los sesenta y tantos ciudadanos que, a un tiempo, aconsejaron y adoptaron el paso y le dieron inmediata y cumplida ejecución. Pero seguidamente, esa misma noche del 2 de setiembre, millares de ciudadanos rodearon el edificio de la

gran junta, perfectamente acordes con el giro dado a las cosas; y el día siguiente todos los pueblos de Costa Rica, al enterarse de los acontecimientos de la víspera, rebozantes de júbilo les dieron plena, calurosa, entusiasta aprobación. El 3 de setiembre sancionó todo Costa Rica, con inmensa alegría y la más íntima satisfacción, el golpe de la víspera, vehementemente ansiado mucho tiempo antes.

Tres días después las arcas nacionales hasta allí exhaustas, resultaron en condiciones de poder atender las premiosas necesidades de la nueva situación creada, demostración elocuentísima de la confianza puesta en la integridad del nuevo mandatario y de la solidez del cambio, tan brusca como felizmente llevado a cabo, sin emisión de una gota de sangre y con aplauso universal.

El señor Aguilar durante su interinato de ocho meses rehusó dejar su modesta residencia privada, redujo su guardia de honor a un individuo de policía a su puerta, viajó del Palacio de la Presidencia a su hogar y viceversa varias veces al día y a horas regulares, a pie, rara vez acompañado de un edecán o amigo personal; a nadie vejó, a nadie encarceló, a todo el mundo oyó y pidió consejo al que podía darlo; dió al sufragio la más cumplida amplitud y libertad de que hay memoria en nuestra tierra; entró pobre al poder y salió pobre de él, para reanudar sus trabajos profesionales interrumpidos.

El ejercicio del poder sólo un gaje le trajo y fué la pérdida de su salud.

Se deseó por muchos otorgarle una recompensa moral altamente valiosa, pero su modestia la rehusó.

He aquí el insigne repúblico, dechado de gobernantes, a quien los señores Quesada y Murillo quieren llevar a la picota de la infamia como hijo indigno de Costa Rica.

III

Yo exijo a los señores Quesada y Murillo presenten a la pública contemplación un hecho cualquiera del Licenciado Aguilar Barquero que demuestre haber éste tomado, antes del 30 de agosto de 1919, fecha del radiograma de Mr. Lansing al Cónsul Chase, la más pequeña parte en la demanda de tal comunicación, o de cualquier otra medida tendiente a que el Gobierno de Washington tomara cartas en la solución del conflicto interno, creado en Costa Rica por la violenta deposición del Presidente González Flores, a impulso de su ministro de guerra el señor Tinoco.

Jamás podrán producir tal prueba los señores mencionados, porque es

un hecho positivo que de las manos del señor Aguilar nunca salió carta, mensaje, protesta, ni manifestación de especie alguna, que tuviese por móvil u objeto procurar en Washington, el remedio de la anómala situación producida por aquel funesto pronunciamiento de cuartel.

La abstención del señor Aguilar al respecto fué firme, deliberada, persistente, tenaz, absoluta, hasta el instante mismo en que la llegada del radiograma, tan temido por muchos como por otros ansiado, se convirtió en un hecho indestructible.

Hacer, pues, responsable al señor Aguilar de un hecho en que no tuvo la menor parte, y en que rehusó porfiadamente tomar parte alguna, es el colmo de la injusticia.

En la interesantísima carta del General Quirós, publicada parcialmente en el libro de los señores Quesada y Murillo, páginas 54 a 56, se leen estos pasajes:

«Los sucesos se han verificado de manera tan rápida, han coincidido de tal modo las circunstancias determinantes de la evolución que acaba de operarse y que habremos de bendecir todos, si ella restablece por completo el imperio de la paz y de la tranquilidad públicas y asegura la independencia de la patria, que es lo máspreciado de nuestros bienes, que todo indica», etc.

«Por demás es decirle que se sublevó mi espíritu contra semejante imposición de la fuerza, que sentí herido profundamente mi orgullo de costarricense al ver conculcados así nuestros derechos de pueblo libre y soberano y que, sin medios para dar la respuesta altiva que aquel atropello demandaba, y, más que todo, con la mirada fija en la patria, a la cual no quiero ver reducida a la triste condición de otras hermanas de la América española, aplacé mi respuesta», etc.

«De acuerdo con el Consejo convoqué una junta de ciudadanos... a la cual se impuso de todos los documentos... y después de una deliberación de cerca de cuatro horas, se resolvió por la mayoría depositar el Poder en el Licenciado Francisco Aguilar Barquero, como único medio para salvar la soberanía de la República. La Asamblea me instó para que ocupara el Ministerio de la Guerra, mientras se consolidaba la situación política creada por el derecho de la Fuerza».

«Ninguno de los hombres que ha tocado en suerte regir los destinos del país se ha visto en situación tan terrible como la mía. De un lado la desesperación que era consecuencia natural del ultraje, el deseo de hacer ante el mundo protesta efectiva contra la imposición del poderoso y de otro la impotencia para realizar aquel acto de virilidad acorde con la altivez de nuestros sentimientos patrios».

«Entrego tranquilo mi actuación al juicio de la historia. En la lucha tremenda que he sostenido a solas con mi conciencia de ciudadano y de gobernante, triunfó el deber de

empeñar mi último y supremo esfuerzo para la salvación de la República».

La exacta exposición que de los inmediatas precedentes de la evolución de 2 de setiembre de 1919 lega a la historia una de las más culminantes figuras de ese movimiento, el abnegado patriota, General Quirós, es un documento del más alto precio para la justificación de la resolución gravísima, adoptada en aquella ocasión única, por el considerable grupo de patriotas reunidos en la mansión presidencial a efecto de salvar a todo trance y sin reparar en sacrificios, como se salvó, la autonomía de Costa Rica.

Lástima grande que entre tantos buenos costarricenses, como allí coadyuvaron, con el dignísimo Jefe de la Nación, a la salvación de su patria, no figurasen los ceñudos censores de hoy día; quizá su claro entendimiento y su conocida alteza de carácter hubieran sugerido otro fórmula más feliz para la solución del problema.

Con adherirse al *no a secas* de los señores Aguilar Mora y Valenciano nada se habría avanzado, ya que lo que allí hacía falta eran hechos reales, soluciones atinadas, medios efectivos de acción; no palabras, no bravatas, mucho menos demostenianas imprecaciones.

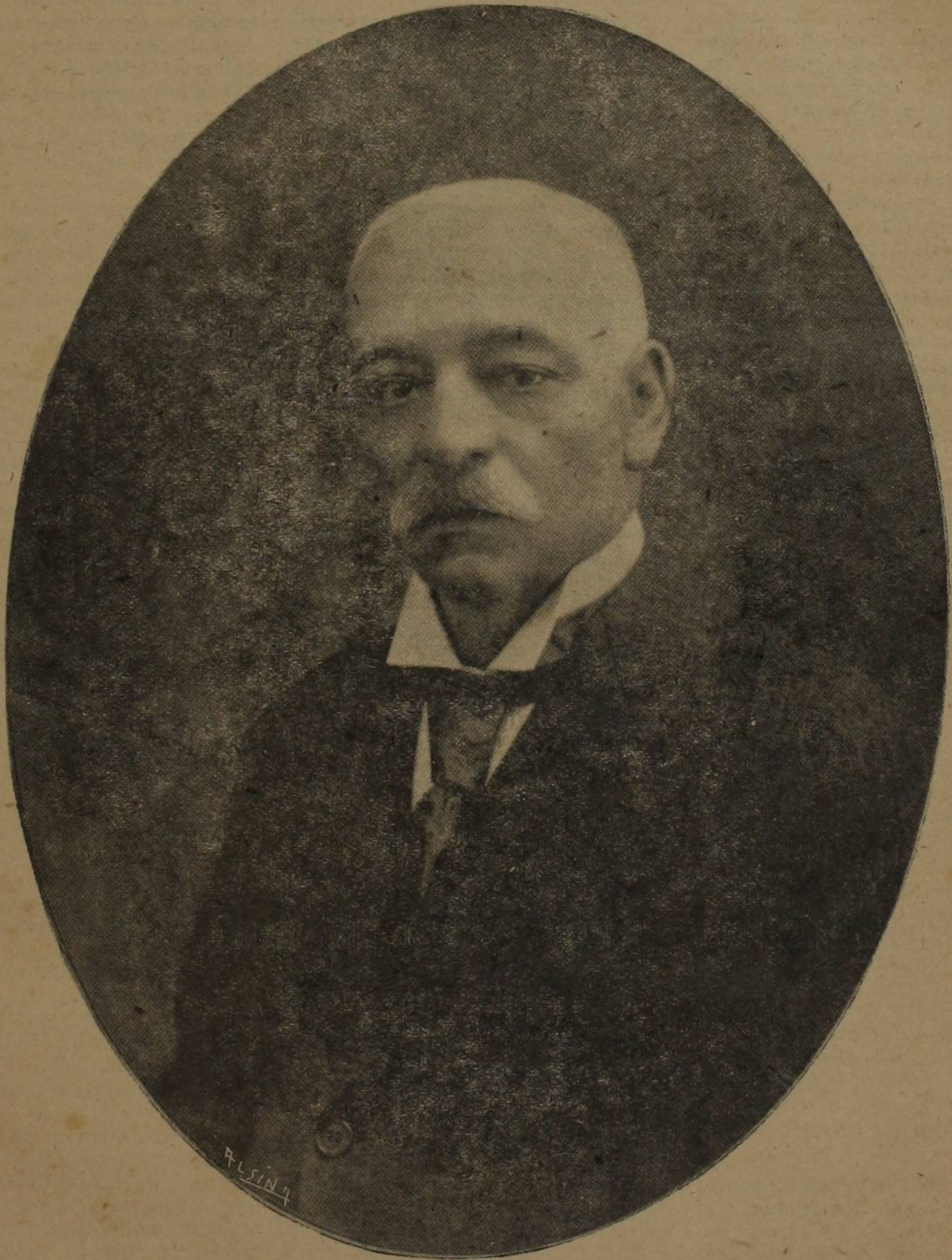
Pero el colmo de lo insensato es imputar, pasado el conflicto, a quien se mantuvo a enorme distancia de los manejos que lo produjeron, toda la odiosidad de la radical medida que, por el imperio de una necesidad extrema, fué menester adoptar y se adoptó por la asamblea, con la sanción del Jefe del Estado y su posterior valiosísima colaboración.

Esa tremenda dificultad, tan donosamente vencida, fué la piedra de toque de las virtudes públicas y privadas de dos costarricenses, a quienes la patria, alguna vez agradecerá debidamente la nobleza de su proceder.

Si Quirós y Aguilar hubieran de ser tachados como delincuentes por su común y solidaria actuación del día 2 de setiembre de 1919, no serían menos responsables de tal delito, no ya los sesenta y tantos costarricenses que componían la asamblea, sino las miríadas de ciudadanos que inmediatamente y con entusiasmo delirante, aclamaron a aquellos como salvadores de la autonomía nacional.

El irritante reproche dirigido contra el Lic. Aguilar Barquero está por cierto de antemano desvirtuado por sinnúmero de aseveraciones contenidas en varios documentos insertos en el libro tantas veces mencionado.

Abriendo al acaso tal libro, hallo en él, como comprobación de lo que digo, los pasajes que siguen:



LICENCIADO DON FRANCISCO AGUILAR BARQUERO

Ex-Presidente de Costa Rica
(Setiembre de 1919 a mayo de 1920)

Página 61. «Fué ello un golpe de Estado, puesto que el Lic. Aguilar Barquero no era ya tercer designado... sino un ciudadano como otro cualquiera, dicho esto aparte de los méritos personales que adornan al distinguido cartaginés». Firma *Juris*:

Página 65. «Sí, el Gobierno del señor Aguilar Barquero, que todos acatamos y respetamos por la bondad del generoso gobernante, no es ni puede ser más que un gobierno dictatorial.

«Exigen demasiado los restauradores del excelente y noble dictador señor Aguilar Barquero, a quien todos estimamos y respetamos por su ecuanimidad y hombría de bien...» Presbo. «Rosendo de J. Valenciano».

Página 67. Con mayor conocimiento de causa que muchos y por motivos varios sabemos apreciar el fondo bondadoso de carácter del Lic. Aguilar Barquero, quien fué antes de ahora en nuestra imaginación el arquetipo de los buenos gobernantes (quizá la eximente de las circunstancias que rodean a don Chico nos permita persistir en nuestra opinión) lo mismo que reconocemos, en su justo valor, los méritos que cada uno de los secretarios de estado tienen». Firma «Un observador imparcial».

Página 68. «Pero no, esta idea se desvanece en nuestra imaginación cuando pensamos en la tranquilidad de espíritu del caballero cumplido que hay en el Lic. Aguilar Barquero». Firma, la anterior.

Página 182. «Nada tengo que objetar respecto a los merecimientos que adornan al buen ciudadano que salió de aquella funesta sesión a regir los destinos del país». Firma «A. Aguilar».

Página 190. «De la probidad y demás méritos personales del Lic. Aguilar Barquero no hay que hablar, porque son universalmente reconocidos. Firma «Tob. Zúñiga Montúfar».

Página 191. «Porque el Lic. Aguilar Barquero no había sido nunca, ni era entonces jefe de ningún partido, ni había tomado ninguna participación militante como revolucionario». Firma. El mismo señor Zúñiga.

No es ese el lenguaje que se emplea para describir a un gobernante despreciable, que traiciona a su país entregándolo a merced de una potencia extraña, por falta de valor cívico para guardar y defender la independencia y soberanía de la patria, aun a costa de la vida.

Se le hace cumplida justicia al señor Aguilar pregonando en alta voz sus grandes merecimientos y añadiendo conceptos tan verdaderos, notorios e innegables, como son la afirmación rotunda e incondicional de su generoso carácter, su ecuanimidad, su

hombría de bien, su tacto para saber rodearse, su cumplida caballerosidad, su independencia de criterio, y su condición de persona amiga del orden y refractaria a mezclarse en revoluciones.

Pues bien, precisamente esas cualidades apreciabilísimas, que han adornado siempre al señor Aguilar, están en pugna con la proposición de que él forma parte en un trío de costarricenses que han traído a Costa Rica la invasión extranjera. No hay manera de reconciliar tales extremos. O se afirma una cosa o se afirma la otra, porque las dos no pueden ser expresión de la verdad simultáneamente. Y como el primero de dichos extremos es verdad inconcusa entre nosotros, tanto que los propios adversarios del señor Aguilar son los primeros en confesarlo y reconocerlo, lógicamente se sigue que el otro extremo es a todas luces falso, inadmisible, denigrante y calumnioso.

IV

PARA contento del lector voy a terminar esta mi desaliñada contestación, por donde sin duda debiera haberla comenzado; esto es, demostrando la falsedad de la proposición cardinal del ataque.

La asendereada intervención, en efecto, jamás pasó de la categoría de un mero amago; esto por obra y gracia de una combinación de pareceres ilustrados y de voluntades resueltas que, en aras del bien público y sin trepidar ante la grave responsabilidad que tomaba en sus hombros, tras cabal y serena dilucidación de los arduos problemas planteados en la magna asamblea de 2 de setiembre de 1919, adoptó la solución más sabia, razonable y oportuna que en las circunstancias cabía tomar.

No debe olvidarse que el golpe de 27 de enero de 1917, si bien de momento obtuvo dentro del país algo así como una semblanza de sanción popular, y en su virtud se organizó el Estado bajo la apariencia de una titulada Constitución, pronto hubo de convertirse el nuevo orden de cosas en una feroz satrapía, destructora de la sociedad, vulneradora de todos los derechos ciudadanos, agotadora de todas las fuentes de recursos de la nación, formada—en suma—de uno o dos amos que se invistieran a sí mismos de poderes más amplios que los del Gran Turco, y un rebaño de siervos igual en número al de los habitantes del país, así nacionales como extranjeros.

Naturalmente, la revolución tenía que levantar y levantó bandera de redención, fracasó en el interior, huyó por la frontera del sur, resurgió en la del norte, batalló allí como le fué

dable, y no hubo manera de acabar con ella, a pesar del envío de considerables fuerzas para la aniquilación de los insurgentes, hasta el triste momento en que una bala anónima, en el corazón de la capital, vino a segar la vida de quien, con razón o sin ella, se tenía por el cerebro, brazo y pie del gobierno existente.

Ese hecho espantoso le llegó al Presidente Tinoco al alma con un lenguaje jamás oído ni siquiera imaginado por él, obligándole a abandonar el poder y la tierra que pisaba en el más breve y perentorio plazo posible. Pero tuvo, o había tenido antes ya, el feliz acierto de depositar el mando en persona que, a un mismo tiempo, cubría leal y caballerosamente su retirada y era una prenda segura, ante la opinión del país, de amor y devoción al deber, limpieza de procederes, tino en el manejo de los negocios públicos, serenidad en el peligro y nobleza de carácter.

Bien sabía el General Quirós al aceptar el espinoso cargo que inopinadamente se le transmitía, que el período presidencial que se le llamaba a continuar carecía de solidez y lo demuestra su propósito, anunciando en documentos que han visto la luz pública, de convocar inmediatamente a elecciones populares, para que el país libremente se diese un Gobierno de su gusto.

Estando para llevarse a la práctica este pensamiento, súbitamente llegó a Costa Rica el radiograma de Washington fecha 30 de agosto de 1919, que originó la convocación de la asamblea de 2 de setiembre siguiente.

Ese radiograma no es más que la ratificación enfática de la comunicación, bien clara y apremiante, hecha por el Honorable Steward Johnson al señor Tinoco el día 25 de abril de 1918, que en inglés y en castellano dió a la publicidad el mismo señor Tinoco, con largos y valientes comentarios, en manifiesto fechado el 2 de mayo del citado año.

Dicha declaración reza lo que sigue:

«El Departamento de Estado ha recibido informes al efecto aquellos ciudadanos de Costa Rica, actualmente ejerciendo las funciones de gobierno de la República de Costa Rica les han hecho creer aquellas personas actuando como sus agentes, que el Gobierno de los Estados Unidos tenía en consideración otorgarles el reconocimiento como constituyentes del Gobierno de Costa Rica.

»Con el fin de corregir cualquier impresión semejante, la cual es errónea en lo absoluto, el Gobierno de los Estados Unidos desea hacer saber clara y enfáticamente que no ha alterado la actitud que ha asumido en referencia

al no reconocimiento de aquellos mismos ciudadanos de Costa Rica, que les fué comunicada en febrero de 1917, y desea hacer saber además que esta actitud no será alterada en lo futuro».

He copiado textualmente la traducción de la comunicación dicha, tal como se publicó oficialmente.

El señor Tinoco afectó tomar las cosas con ecuanimidad, concluyendo su manifiesto a la nación con este párrafo:

«Recomiendo, en consecuencia, a mis conciudadanos que al considerar los hechos cumplidos de que doy cuenta, se afiancen en la certeza de que la República se encuentra colocada en el terreno del derecho y que dentro de él continuará transitando con el propósito fijo de conservar sin mengua y sin desdoro las tradiciones patrióticas que forman el legado de gloria que nuestros progenitores nos transmitieron, para que a la vez nosotros lo llevemos a manos de las generaciones futuras».

Como se desprende del contexto de ambas piezas, procedentes de Washington, por la una y por la otra se negó, resueltamente y en definitiva, el reconocimiento del Gobierno del señor Tinoco y sus sucesores como organismo formado sin base legítima, agregándose en la última pieza que, para que ese reconocimiento se concediera, era menester que antes pasase el ejercicio del poder a persona que, por la constitución vigente al tiempo de la elección del señor González Flores, se hallase en aptitud de recibirlo, para la elección de Presidente en propiedad con arreglo a la expresada Constitución.

Eso es todo.

¿Por qué en el segundo caso no procedió el Gobierno del General Quirós de la propia manera que procedió en el primero el señor Tinoco, limitándose a dar cuenta a la nación de la segunda y más contundente negativa, con la recomendación de seguir cada ciudadano transitando por el terreno del derecho a la realización de los destinos de Costa Rica?

No fué por poquedad de espíritu del sucesor del señor Tinoco; fué porque las circunstancias en que se hallaba colocado el país en 1919 eran absolutamente distintas a las de 1917 y 1918; el tiempo no había corrido en balde.

En vez del auge de los primeros tiempos del régimen Tinoco, ese régimen había descendido a la hondísima sima del desprestigio por los continuos atropellos empleados para atemorizar a los innumerables opositores del sistema.

Había corrido sangre muy preciosa en las intentonas de reconquista de la libertad. En los campos no había casi

un lugar por humilde que fuese que no hubiera sido objeto de vejamen y saqueo. El soldado, el policial, el maestro de escuela no recibían, por meses y meses, la paga de sus servicios. A nadie se le satisfacía lo que el Tesoro Nacional le debía, sino mediante descuentos de 40 y 50 por ciento, no en beneficio del Tesoro, sino de agentes privilegiados, para quienes sí había siempre dinero en arcas.

La República entera se había convertido en pandemónium, desde Buenos Aires hasta el Jobo.

De 44 millones que en su manifiesto de 2 de mayo de 1918, afirmaba Tinoco, ser la Deuda Pública Nacional cuando entró al Poder, dejaba al marcharse a Europa (bien lastrado de fondos) sesenta y seis millones largos, sin dejar camino, escuela, ferrocarril, u obras de fomento algunas en las cuales se hubiese incorporado el exceso de 22 millones. Esto, computado el cambio al tipo legal (215 por ciento), que si se computara al cambio corriente, la deuda llegaría a CIENTO MILLONES.

En la frontera norte estaba apelmazado el ejército libertador, ejército minúsculo por cierto, que en largos meses de campaña y con gastos para el régimen Tinoco que montaban a millones, no había esperanzas de desalojar.

Se había consumado el tremendo sacrificio de don J. Joaquín Tinoco y era natural y lógico temer que el ejemplo cundiese, dados el perfecto secreto de la concepción y ejecución del hecho atroz y la cabal impunidad del agente responsable. La tea incendiaria había sido ensayada con éxito cumplido, como instrumento de justicia administrada a despecho de leyes y tribunales.

El país se había convertido en un volcán en plena erupción.

El tacto exquisito y, en su caso, la mano fuerte del General Quirós resultaban insuficientes para aquietar los ánimos. Solamente un cambio radical de orientación política podía salvar la situación; y a ese medio acudió el noble gobernante, como aparece de sus propias palabras estampadas en su manifiesto de 2 de setiembre de 1919, y dicen así:

«El anhelo sincero de contribuir al mantenimiento de la autonomía nacional costarricense y el vivo deseo de satisfacer la opinión pública unificada en el propósito de reorganizar políticamente el país sobre nuevas bases, me ha inducido a depositar, en estos instantes, el Poder Público en manos del esclarecido ciudadano Licenciado don Francisco Aguilar Barquero para que él, de acuerdo con los dictados de la voluntad popular y con las inspiraciones de su recta

conciencia cívica, pueda llevar a cabo la obra de reconstrucción que el país tiene en mira».

La evolución política de 2 de setiembre de 1919, buena o mala, no fué la obra de uno o dos hombres, ni de un grupo de veinticinco o cincuenta magnates; fué la opinión pública UNIFICADA quien, con la fuerza avasalladora e incontenible de una ola gigante, en lo más recio de una tempestad deshecha, realizó el fenómeno; y precisamente fué poderoso acicate para la UNIFICACIÓN de la voluntad nacional la posibilidad cercana de que, de fuera, se presentara la solución de todos los conflictos nacidos del infame golpe de Estado de 1917. Fué Costa Rica quien se salvó a sí misma, y afean su conducta es sencillamente una locura. Llamar eso intervención es nada más que un desatino.

La tesis de Washington, por otra parte, fundada en el texto de los tratados de 1907, que constituyen el Evangelio del derecho internacional centroamericano, era el *no reconocimiento* de gobierno alguno de hecho surgido de manera distinta de la consignada en ley fundamental del respectivo Estado; tanto que la Administración Aguilar Barquero no fué reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos.

Si el pertinaz *no reconocimiento* de Tinoco y Quirós equivalieran a *intervención*, cuando el señor Aguilar llegó al Poder esa *intervención* se hallaba bien aclimatada en Costa Rica.

Claro es que el Gobierno de los Estados Unidos, con su conducta observada en el caso del Gobierno de Tinoco, ayudó poderosamente a Costa Rica para el restablecimiento del orden legal.

De ello no debe sonrojarse nuestra patria. Si la ayuda que un país da a otro para la consecución de su independencia o para libertarse de una tiranía interior fuera un hecho reprehensible para quien da la ayuda o la recibe, tendría que avergonzarse Inglaterra del servicio que le prestó Holanda para la gloriosa revolución de 1688; tendrían que apenarse los Estados Unidos por el auxilio que, para triunfar en su lucha con Inglaterra, les prestaron Francia y España a fines del siglo décimo octavo; se tendría que considerar envilecida Cuba por la colosal intervención de los Estados Unidos en la contienda que culminó en la guerra de éstos contra España en 1898; etc.

Es en realidad de verdad tan peregrino el cargo que se ha hecho al señor Aguilar Barquero, tan sin apoyo, que pienso es perder tiempo consumir una gota más de tinta en seguir tomando el asunto por lo serio.

Conténtese el señor Aguilar Bar-

quero con leer una vez más la sanción pública de sus actos concebida en términos difícilmente superables. He aquí ese precioso documento:

«Señor Presidente de la República,
Señores Secretarios de Estado,
Señores Diputados:

SED bienvenidos al Seno de la Representación Nacional a solemnizar con vuestra presencia el restablecimiento de todas las instituciones republicanas, a darnos una nueva prueba del verdadero interés con que miráis el coronamiento de vuestra delicada función gubernativa.

Al corresponder a vuestro cortés saludo, séame permitido expresar,—con filial respeto,—la profunda gratitud que el pueblo costarricense guardara por su digno mandatario.

En tan corto período de gobierno habéis dado pruebas de la pericia, del tacto, de la verdadera energía que acreditan al hombre de Estado. Os hicisteis cargo del Poder en los momentos más angustiosos para la República y habéis realizado el milagro de trasportarnos desde la dictadura militar hasta la perfecta vida constitucional sin convulsiones, sin violencias, sin actos de fuerza, por el conjuro de vuestro patriotismo, de vuestra abnegación, de vuestro amor a los costarricenses. Con la prudencia del dictador romano habéis usado de las facultades extraordinarias que demandaba aquel momento y habéis dado pruebas del respeto que os inspiran nuestra Constitución y las leyes de la República. Os supisteis rodear de

excelentes colaboradores, varones fuertes, bien preparados, de honradez acrisolada, ajenos a los intereses de círculos o banderías, y nos habéis dado ejemplos saludables que el país recordará.

Os cupo la gloria de restablecer el imperio de nuestra Carta Fundamental,—menospreciada en momentos de locura: de normalizar nuestra vida política y económica, de realizar el torneo electoral dentro del orden y libertad más completos, y de fomentar el desarrollo de nuestra riqueza de modo sorprendente.

Supisteis escuchar el clamor de la opinión pública y hacer cumplida justicia a las clases trabajadoras, dándoles un equitativo reparto de trabajo y de salario; y aun los más pequeños actos de vuestro Gobierno llevan el sello del amor a la libertad y del respeto a las instituciones.

Impulsado por vos el país entra hoy resueltamente al ejercicio de todos sus atributos soberanos y purificado por el sufrimiento, ennoblecido por la reconquista de sus libertades, realizará la magna obra que le corresponde en el concierto mundial.

Señor Presidente:

AL reiteraros mi sentido homenaje de profundo respeto y verdadera gratitud por los eminentes servicios que habéis prestado a la Patria, tengo la convicción de expresar fielmente los sentimientos de todos nuestros conciudadanos.—(f) *Arturo Volio*».

(La Tribuna. San José, Costa Rica).

Varias clases de libros

POR GABRIELA MISTRAL

EL de biografías es para mí el primero, es el que contiene mayor suma de vida humana, como si dijéramos, más esencia de Hombre. Plutarco dió su tipo. Pero en nuestra tiempo lo han hecho—vigoroso y vívido—Lamartine, Emerson y Romain Rolland.

El libro de Historia os convencerá de que la humanidad es semejante, o la misma, en sus profundidades y diferente en las superficies. Os creará la gratitud hacia los muertos, a quienes debemos hasta el fino vaso en que palpita nuestra agua y cuyo dibujo trazaron; a los muertos que se tendieron rendidos de una obra nunca consumada, y sobre la cual se agitan ahora nuestras manos: civilizadores, varones de fe, artistas. El libro de historia os restará vanidad, os volverá humildes y admirativos. Y sabéis que

el que empieza admirando acaba haciendo.

El libro de geografía os aproximará a los pueblos, os los pondrá bajo la mirada como un rostro amigo, y les gozaréis EL CONTORNO Y LA EXPRESIÓN como a un rostro. Os volverá curiosos del mar desconocido, de la montaña remota. Como el viento para la vela, dará el impulso de partir en uno de esos viajes que, a pesar del siglo XX, son todavía cosa de maravilla, suceso prodigioso.

Tendréis aquí el libro de ciencia. Os dará el estupor de la que llamáis sencilla Naturaleza. Podrá exaltar como el mejor poema. Suele colocarse en un plano tan embriagador como la fantasía.

Cuidaos, sin embargo, de su fanatismo. Mezclad siempre la hora de

esta lectura con muchas de experiencia. Pensad en que la ciencia se rectifica con una rapidez que nos faculta para la duda, sin que ésta sea irreverencia.

No desdeñaréis la novela que es un modo de simplificación, y a la vez de concentración, de la vida humana, la cual se empaña por la complejidad y se afea por el diluimiento. Leeréis el drama, que es fuerte removedor del mundo interno.

También buscaréis aquí los poemas. Ellos, como el drama, intensifican las emociones, más bellas cuanto más ricas. Son como la luz: os destacan la belleza de las cosas que estaban anegadas en el color gris de la costumbre.

Los poemas os devolverán la mirada del niño que perdisteis, la cual es también, por la riqueza del detalle, la mirada del sabio.

Sois deudores a los poetas: os enseñaron a exaltar la blancura y la suavidad de la cabeza de la mujer amada. Os centuplican el valor de la vida, al retener en la hipérbole feliz la Naturaleza.

Son por fin los únicos que, en nuestro siglo sin espiritualidad, os defienden el alma de lo brutal que va entrando en nuestra civilización. Os enseñan el tacto delicado para las cosas y los seres.

Sí, amad mucho los libros, exquisitos compañeros que merecen preferencia sobre los otros toscos y ruidosos. Ellos tienen toda la constancia que les consentimos y nos dan la utilidad en que nuestra mente ágil los transmuta.

Pero guardaos de su terrible tiranía: cuidaos bien de tejeros la vida en torno de ellos. No os encontréis un día padeciendo, amando o juzgando a través del Dante, de France o de Nietzsche.

No les hagáis el don de vuestra mirada, pues sólo vuestros ojos os revelarán un pueblo o un panorama.

Los libros os ayudarán a ordenar, a hacer síntesis o simplificaciones, pues son la cuajada experiencia. No les recibáis más.

A dos pecados pueden conducirlos: a la pereza mental y al vicio de los sistemas. Decidles lo que un varón nobilísimo dijo en la antigua Grecia a ciertas jóvenes:—«Sí, sois muy compuestas; pero mi esposa descuidada es mejor». Vuestra esposa única es la vida; ella sola os dará hijos fuertes.

Nuestra humanidad actual, que es débil, suele reemplazar a la vida con la lectura, por laxitud. Bienaventurados los que se vigorizan con los libros sin anegarse en ellos.

México, 4 de agosto de 1922.

(El Libro y el Pueblo, México, D. F.)

Juan Ramón y los duendes

POR ALFONSO REYES

EN la misma casa que ocupó nuestro Ministro Don Miguel Alessio Robles, un piso más arriba, habita Juan Ramón Jiménez. Se pasa lo más del día enclaustrado, escribiendo y, sobre todo, corrigiendo lo ya hecho: como él dice, «depurando la obra.» Casi anochecido, sale por la Castellana y se pasa un rato en la librería del Caballero de Gracia, que los aficionados llamamos «Los Alemancitos.» En «Los Alemancitos» se le puede encontrar siempre, husmeando los libros nuevos. Levanta la cabeza—la noble cabeza de Greco—y nos clava esa mirada profunda y seria, negra y azul.

Es pariente espiritual de Góngora. Sus rasgos lo recuerdan. A veces sonríe, pero hay en su sonrisa algo terrible, como una amenaza de mordisco. Juan Ramón es implacable y puro. No soporta lo que no es perfecto. Se aleja de los hombres a quienes no estima plenamente. Cuando da la mano, parece que da una sentencia de aprobación. Prefiere la soledad de oro. Y es un sacerdote del silencio.

Goethe se veía obligado a escribir con lápiz, porque el rasgueo de la propia pluma interrumpía su recogimiento poético.

Juan Ramón necesita, exige de la vida el más completo y absoluto silencio en torno a su trabajo.

En la calle del Conde de Aranda, donde vivía antes, se compuso un cuartito sordo, acolchado, que le costó mucho dinero y paciencia. Los obreros no le entendían y él mismo se equivocaba al principio en la elección de los medios.

Comenzó por forrar los muros de corcho. Pero yo, que tenía mis dudas, consulté a un mecánico belga, vecino mío. Y mi vecino me explicó que el corcho interrumpe las vibraciones motrices, pero no las acústicas; que contra los ruidos, lo mejor era el fieltro.

Juan Ramón rehizo la obra, apuró un poco, y al fin dió con una substancia ensordecedora especial que le trajeron de los Estados Unidos, donde la cosechan para sanatorios de hombres fatigados. El resultado fué fantástico.

—Parece—decía el poeta Moreno Villa—que le arrancan a uno los tímpanos al entrar aquí.

Pero lo peor no era esto, sino que se apagaba del todo la atmós-

fera sonora, ese ambiente o baño de rumores indefinibles en que vivimos como sumergidos; que se borraba, en fin, el fondo del paisaje—¡pero en cambio, resaltaban, únicos, individuados, inextintos y más discernibles que antes, los ruidos más fuertes, los ruidos esporádicos, acaso los más turbadores de todos! Así, el fonógrafo de al lado, el loro del piso bajo, el pavoroso chas que lanzan los muebles de tiempo en tiempo (¡oh Machado!) y, sobre todo, la pianola de las cubanas de arriba, que todo el día bailaban tangos argentinos con unos tacones matadores...

—Estoy seguro—decía en su exasperación el poeta—estoy seguro de que usan tacones metálicos.

Al fin, derrotado, decidió mudarse. Pero, como en el cuento alemán, el duende de los ruidos desagradables se escondió en la escombrera del carro de mudanzas, y, sacando la cabeza, le dijo:

—¿Que nos mudamos, ¿eh?

Y en la nueva morada—una pequeña terraza de una de las calles más amplias y señoriales de Madrid (aquí, a poco andar)—se oía de tiempo en

tiempo el chirrido del tranvía en la curva y, al anochecer, el grito de la castañera.

Juan Ramón se ha acostumbrado a levantar la pluma y suspender la labor unos segundos, mientras acaba su quejido el tranvía. Y en cuanto a la castañera, afortunadamente ha desaparecido con el buen tiempo, pero llegamos a pensar en pagarle un anuncio luminoso o algo parecido para que se abstuviera de lanzar su pregón y dejara en paz al poeta.

El otoño pasado, el escritor y diplomático venezolano Pedro Emilio Coll regresó del veraneo con un extraño mal nervioso: traía mucho ruido en la cabeza. Y el travieso mago de Pombo, Ramón Gómez de la Serna, imaginó un diálogo chusco entre Coll y Jiménez, en que éste acababa por huir, ante el estrépito intercraneano de aquél.

«Azorín», curioseando un día en las ediciones escolares de Hachette, le descubrió un antecedente a Jiménez: resulta, pues, que Lamartine padecía del mismo mal y también había caído en el error del cuarto acolchado, según consta por un grabado de la época. Sólo que Lamartine tenía un cuarto al parecer espacioso, y el de Jiménez era diminuto, aunque daba la ilusión del espacio, y aun del aire libre, un espejo que duplicaba la longitud y reproducía la ventana de la calle.

Juan Ramón ha llegado a soñar en construir un barrio, en una plaza apartada, para gente fina, que sepa respetar el trabajo de los demás y adore el silencio como la mejor forma de comunicación entre vecinos.

Y entretanto, se encierra a fabricar sus estrellas, continuamente, incesantemente. Hasta que le rinde el trabajo y le vuelve la sed de hablar con los pocos amigos que ha sabido escogerse.

—Y ¿qué tal de labor, Jiménez?

—No muy bien: entre ayer y hoy, la dilación atmosférica del calor ha aumentado de un modo apreciable la intensidad de los ruidos.

Y este hombre severo, superior, grave maestro estético y fiero encabritador del verso, nos aparece de pronto como un San Sebastián barbudo y exangüe, de mirada casi cruel, atado a un árbol y acribillado por las flechitas del ruido.

Madrid, primavera de 1922.

(El Mundo, México, D. F.)



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(Visto por JOAQUÍN SOROLLA Y BASTIDA).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Las campanas

POR R. BRENES MESEN

TIENE el tiempo en las torres una voz de campanas. A esta hora, cuando se disuelve en el aire la luz de la tarde, desde la torre se diseminan las cinco notas de esta canción del *Angelus* que me pone una plegaria de amor en los labios.

Es una canción dulce que se prolonga con una lenta melancolía, con una resonancia armónica, como de palabras de bronce, que viniesen rozando con levedad el sutilísimo cristal del aire. Se me llena el corazón de voces, de lágrimas los ojos, no raras veces. El día que se va tras esta despedida musical afecta para mí la expresión de un ser humano que ha vivido en mi compañía una porción de mi vida.

Qué poesía tan profunda invade y encanta todo mi ser. De nuevo me sobrecoje esta ansia de subir por dentro de mí a la torre donde yo sé que hay siempre luz. Esta canción no sólo me mueve por la emoción contenida en su penetrante música; también me habla, me dice insinuante que hay un asiento esperándome en el templo; es un llamamiento por persuasión; no me argumenta, me exhorta. La suya es una elocuencia íntima: «Ven—yo siento que me dice—aquí está tu sitio silencioso en esta hora de paz. Durante el día has estado ejerciendo tu entendimiento; recoge ahora las angustias de tu corazón y haz con ellas el óleo de tu lámpara que habrá de quemarlas todas. Ven. Esa suave melancolía que te posee está muy cerca del espiritual contento. Ora. Medita. Un instante de éxtasis puede ser galardón a muchos meses de reflexión. ¿No sientes en la profundidad de tu ser que mis voces evocan los silencios grávidos como de imprecisos recuerdos de un pasado remoto? Mis voces resucitan todo cuanto tu orgullo y tu razón hicieron perecer, te dicen que quieres ser siempre bueno y apacible y justo. Se te llena el alma de mansas y poderosas resoluciones. Ven, aquí está tu rincón silencioso en esta hora de paz.»

La oración es breve; los diversos tonos de las campanas dan color a la emoción. Su bronce límpido vuela sobre los árboles, a través de los campos que va arrojando la primera semioscuridad de la noche.

Y cuando la paz del aire cae sobre la última sílaba de esta plegaria de la torre, me asalta el recuerdo de otras torres donde las campanas gritan desesperadas, sin sentido, sin emoción, enloquecidas, durante cuartos de hora, medias horas, hasta fatigar los oídos, y exasperar los nervios.

Las campanas fueron siempre en la sabia antigüedad y en el secreto recinto de los templos, instrumentos musicales que se tañían para suscitar las más nobles emociones del alma, para entreabrir la conciencia al influjo del sentimiento místico. Como las esencias aromáticas, las voces armonizadas de las campanas se destinaban a preparar los cuerpos a fin de dar sostén, a resistir la elevación del espíritu.

Cuando por el siglo sétimo se introdujo en la cristiandad el uso de las campanas, ellas cantaron; las torres se poblaron de voces armoniosas que saludaban y despedían el día con las intensas plegarias de la mañana y de la tarde. Cuando por las tarde el *Angelus* se derramaba desde las torres, los campos parecían exaltarse en una devoción santa. Los hombres, con las cabezas descubiertas y una rodilla en tierra, sentían cruzar por encima de sus cabezas el lento, dulce vuelo de cinco alondras de bronce remontándose en su canto al seno de un Dios paterno.

Allí donde la sabia tradición se ha conservado no gritan enloquecidas las campanas; cantan, oran, invitan, con sus sentidas palabras de metal, a dar gracias al cielo por su gracioso don de un día más de vida.

Junio de 1922, Syracuse, New York.

(La Escuela Costarricense,
San José de Costa Rica).

Manera de apreciar lo que el estudiante realmente sabe

(Trad. de CARLOS DURÁN H.)

UN interesante y nuevo método de exámenes, que no presenta los inconvenientes de las pruebas exigidas hasta hoy para conferir grados académicos, ha sido puesto en práctica en el curso de Civilización Contemporánea de la Universidad de Columbia. Los exámenes de este curso, según dice el dean de dicha institución, han sido, este año, divididos en dos pruebas. La primera consiste de unas doscientas preguntas, las cuales a su vez están divididas en tres partes, empleándose dos de las tres horas del examen en la primera prueba, cuya primera parte consiste de muchas proposiciones referentes al curso, algunas

de las cuales son verdaderas y otras falsas. Al estudiante se le pide que ponga un signo de más al lado de las que considere verdaderas, y un signo de menos al lado de las que crea falsas. Cada contestación correcta se computa como un punto a su favor y viceversa, de modo que el estudiante que diere un cierto número de respuestas buenas y otro igual de malas, se le daría una calificación equivalente a cero.

No es una prueba de memoria o de información, porque las preguntas están hechas de tal modo que un buen resultado no puede ser asegurado sin que la materia general del curso haya sido organizada cuidadosamente. Se requiere tan poco tiempo para tomar en cuenta la respuesta del estudiante a cada proposición, que el examen puede incluir muchas cosas referentes a cada parte del curso.

La segunda parte de la primera prueba, se compone de preguntas referentes al Principio Completo, la cual ha dado buenos efectos informativos en muchos exámenes mentales. La tercera parte consta de preguntas de reconocimiento.

Esta experiencia es muy importante porque una de las mayores causas de ineficacia en los exámenes de tipo de ensayo desaparece completamente. Cada pregunta se contesta con un signo de más o de menos, y aun una persona que no sepa nada de la materia del curso puede contar las respuestas, lo mismo que el instructor, de suerte que el escrutador no tiene que hacer ningún juicio referente al resultado.

La tercera hora del examen se emplea en el tipo ensayo de pregunta. No hay intención de eliminar esto en favor de las nuevas preguntas. Todos reconocen que el sistema de ensayo llena una función importante en el examen americano, y el nuevo plan hace posible usar ese sistema especialmente para lo que es efectivo.

Los resultados de estos exámenes han sido cuidadosamente estudiados. En primer lugar, la exactitud de las pruebas usadas en el curso de Civilización Contemporánea, ha aumentado en un veinticinco por ciento desde 1919-20 hasta este año.

(The Foreign Press Service, New York).

Vendemos

<i>Mi campaña en América.</i> Por Manuel Ugarte	\$ 2.00
<i>Como si fuera ayer.</i> Por E. Rodríguez Mendoza (A. de Géry)	6.00
<i>Reflexiones Históricas y Conceptos de Crítica.</i> Por Diego Carbonell	5.00
<i>Enrique Federico Amiel.</i> Por R. F. Giusti	3.00
<i>La Flauta de Onix.</i> Por Arturo Borja	2.00
<i>Glosas.</i> Por Eugenio D'Ors	3.50

San Francisco de Asís

[Sonetos que obtuvieron el primer premio en el concurso abierto el 4 de octubre de 1922, por los RR. PP. Capuchinos de Cartago.]

SONETO LIMINAR

Sonrisa dulce y casta de la abuela
que narra un simple cuento estafalario;
voz ya lejana que en la alegre escuela
canta las letras del abecedario.

Primera comunión que entreabre un cielo
lleno de serafines, oro y flores;
arrullo maternal, divino anhelo,
que aleja por ensalmo los dolores.

Relato milenario entresacado
de un florentino Códice empolvado
que por lo ingenuo brilla todavía...

Así, por lo sencillas y lozanas,
son estas florecillas franciscanas
cogidas bajo el claro sol de Umbría.

I

En amor abrasado por las cosas
desde la clara estrella hasta el gusano,
el agua, el viento, el sol, las frescas rosas
hallan en él su más ingenuo hermano.

Amor de caridad, amor divino
que hace al lobo sestar junto al cordero,
absorto soliloquia en su camino
con un fuego de amor casto y sincero:

—Agua, canta y arrulla; flor, perfuma;
viento, desata tu preludio bronco;
irradia, sol, que eres de vida suma;

árbol hermano, aparta tus espinas...
Y al echarle los brazos, aquel tronco
se deshizo en un llanto de resinas.

II

Hace una breve pausa la fontana,
su trino el ruiseñor no despereza,
y tiembla como en la primer mañana
el corazón de la naturaleza.

—Señor—dice Francisco—me consumo
en un fuego de amor que crece y crece;
vale más que mi carne un copo de humo
que al instante fugaz se desvanece.

Y en los agrios zarzales del sendero
se revolcó desnudo, una divina
flagelación de algún instinto fiero.

Y fué, de tanta herida dolorosa,
una gota de sangre en cada espina
y en cada espina floreció una rosa.

III

Todo en él es amor: cuanto resuena,
tiembla, fulgura, vuela, canta y llora,
el alma le conmueve casta y buena
porque al Padre Supremo conmemora.

Ama el agua sencilla y cantarina,
el ave humilde que sus cuitas canta,
la tembladora estrella vespertina
y la niebla, oración que se levanta.

Cierta noche una dulce filomela
cantaba una argentina cancionela
y él quiso entonces ser también cantor.

Con el ave ritmó en porfiar prolijo;
la llamó, acariciola y luego dijo:
—Venciste, hermano mío, ruiseñor.

IV

—Si quieres ser hermano de las cosas
con fervor oye atento sus gemidos;

la suave esencia aspira de las rosas
y del germen escucha los latidos.

Indaga por el ruido de la hoja
que cae del árbol; piensa en la alborada
que es pulsación de luz, y en la congoja
con que llora una fuente abandonada.

La sonora cadencia del silencio
oigo cuando el espíritu avizoro
en la noche y sus causas evidencio.

Rumor de viento y mar, ritmos veloces,
allí está Dios múltiple y sonoro:
Indicadme el camino, Hermanas Voces.

V

Cuentan que en un camino de la Umbría,
en un opaco atardecer de Mayo
y frente a una posada oscura y fría,
el Serafín de Asís sufrió un desmayo.

Del síncope repuesto, se incorpora;
preso de celestial recogimiento,
con fé profunda se arrodilla y ora
exangüe aun, pero de amor sediento.

Se le clava en la planta un buido abrojo;
y besándolo, exclama sin enojo
lleno de arrobadoras alegrías:

—Te alabo, hermano abrojo, aunque me
gloria, Señor a ti, que me lo envías,
pues que la carne frágil me recuerdas.

VI

Claro diamante en fuga es la alba gota
de llanto que un pesar quebró en los ojos;
punto de luz; irradiación ignota
de un alma, en la oración, puesta de hinojos.

Es un dolor la lágrima que fluye;
en el brillo es hermana de la gema;
trémula pesadumbre, se hincha y huye
y hace del sentimiento casto emblema.

Así el dulce Francisco discurría;
mas llorando de amor piensa en la muerte
y prorrumpe en un rapto de alegría:

—Es la carne saudade y dicha vana...
escalda, cual si fueras agua fuerte!
ciega con tu dolor, lágrima hermana!

VII

Narran viejos infolios olvidados
que en la villa de Alviano predicaba
Francisco a sus oyentes, congregados
en la plaza mayor. Revoloteaba

Innúmero bandal de golondrinas
cantando en torno del humilde Santo,
y el cántico era tal que sus divinas
frases perdían el celeste encanto.

—Hermanas golondrinas, lo bastante
habéis cantado ya; sed indulgentes,
clama al fin; escuchad un solo instante...

Y cuentan (que es la fé gota que labra)
que aquellas avecillas inocentes
escucharon atentas su palabra.

VIII

—Oye, hermano León,—Francisco clama
yendo una vez hacia Santa María—
jamás reside la perfecta llama
de Nuestra Real Señora la Alegría,

En el estéril sacrificio humano
ni en santidad ni en ciencias ni en riquezas;
ovejuela de Dios, León hermano,
desprecia las mundanas sutilezas.

La perfecta alegría que tú imploras
es practicar en todos la clemencia
en las contrarias o risueñas horas.

En Cristo amor de vanidad exento,
sencillez y humildad, calma y paciencia,
sufrimiento y dolor, paz y contento.

IX

Clara luz, clara estrella, Santa Clara
que encendida de amor corre a Francisco;
paloma que una ardiente fé inflamara
quiere ser una oveja de su aprisco.

El blondo matorral de sus cabellos
perfumados, el Santo de la Umbría
corta, y como si fueran mil destellos
los ofrenda a las plantas de María.

Oh casta desposada del Amado!
por sus divinas bodas la han llamado
Madre de los humildes, Virgen clara.

Francisco en San Damián la hace abadesa
y le dice: —Serás casta princesa
sor Clara como él agua, sor Preclara.

X

—Amor de caridad, ¿por qué me hieres?
amando muero, mas muriendo gozo;
si cuanto más tus garfios me prendieres
más en la hoguera de tu amor reposo.

El corazón ferviente y traspasado;
el ánima abrasada en viva llama;
si se derrite aquél al fuego amado,
en su propio ardimiento ésta se inflama.

Y arrobado y febril Francisco llega
al éxtasis supremo en que resume
la divina pasión a que se entrega:

—Si la creación entera fuese mía,
en pago del amor que me consume
sin vacilar gustoso la daría.

XI

—Riqueza, vanidad de vanidades;
gloria, rastro de una ave por el viento;
belleza, semillero de saudades;
carne, para el gusano nutrimento.

Todo fuera de Ti fenece y pasa;
cómo no he de adorarte, prenda mía,
si al quererte, mi espíritu traspasa
un venablo de amor que es mi alegría.

El temor de perderte me acongoja;
la dicha de gozarte me enajena;
siento piedad por todo el que te enoja.

No te amara si huyeran mis dolores,
y más te quiero al cultivar mi pena,
único Amado, Amor de mis Amores.

XII

Francisco el Santo fraternal de Umbría
cabe un jardín pleno de sol y aromas,
absorto en oración, vé cierto día
como en el celo se aman dos palomas.

Luengo tiempo las mira. Al fin comprende
que en amar mucho está la vera clave
que es secreto del mundo, luz que hiende
el corazón y el alma abre sin llave.

Vé que el amor es astro y canto y ala;
vé que es divina y luminosa escala
por donde subió Cristo en su esplendor.

Y se abraza en mitad de su camino
con un encendimiento ultradivino
al espíritu santo del Amor.

XIII

Los ojos cual dos ascuas rutilantes;
en alto el abanico de la cola;
las fauces entreabiertas y espumantes,
rojas cual de un clavel viva corola...

Así el lobo de Gubio. Con Francisco
pacta la paz; la bestia fiel ofrece
no tocar una oveja del aprisco,
pero su sed de sangre crece y crece.

—Hermano, eres cruel, le dice el Santo;
alimento tendrás, mas entre tanto
sígueme a la ciudad, mi amor te espera.

No matarás al hombre ni al rebaño;
en el nombre de Dios no hagas más daño...
y súbito a sus pies se echa la fiera.

XIV

Altos senos redondos y turgentes
engastados en dos rubíes cimeros,
la cadera ampulosa y las ardientes
pupilas cual dos fúlgidos luceros...

Tal la moza liviana que de amores
a Francisco requiebra y se le ofrece;
mas él, quebradas todas las colores
por amor al Cordero, en ansias crece.

Y asiendo los tizones de una hoguera
los esparce por tierra; en buena hora
se desnuda el sayal que le exaspera.

Y acostado en las brasas clama presto:
—Venid, hermana mía, pecadora,
el tálamo de amor está dispuesto.

XV

Domingo de Guzman conocer quiere
a Francisco el de Asís y ambos en Roma
se buscan; el ibero en vano inquiere
por el de mansedumbre de paloma.

Absorto el buen Francisco ante natura
vaga por las campiñas al acaso,
y no oye en su abstracción solemne y pura
que alguno va tras él paso entre paso.

Súbito se detiene; frente a frente
mira Santo Domingo entre alborozos
al pequeño Francisco ávidamente.

Y en la noche de Abril dulce y templada,
rompieron el silencio dos sollozos
y se abrazaron sin decirse nada.

XVI

Vagando por el campo a la ventura,
cerca de la Porciúncula vió un día
a un infecto leproso que una dura
batalla con el morbo sostenía.

Francisco vuelve el paso; una moneda
da al gafo cuya boca carcomida
repugna, y luego con sonrisa leda
va besando su carne corroída.

Rebosante de amor, su alma se anega
en paz; ve que el camino es agrio y llega
por las sendas de luz que abre el martirio.

Y es que la caridad es maga bella:
en donde imprime un beso surge un lirio
y un grano se convierte en una estrella.

XVII

—Amor, amor, amor ilimitado,
si huyo de ti me prendes en tus redes;
cayendo subo, adoro tus mercedes
¡oh mi Señor, mi amigo y Bienamado!

¿Por qué así me enloqueces y me em-
beso inflamado tu mortal herida
que dándome la muerte me da vida
y con tus gozos de dolor me halagas.

Tuyo es mi corazón; tu amor culmina;
estás fundida en mí, llama divina,
como se funde el oro en el crisol.

Ardo perenne en Ti y no hallo sosiego,
como se inflama el hierro con el fuego
y se ilumina el aire con el sol.

XVIII

Como fuera de sí va por el mundo
ávido de un amor ilimitado;
vive, si su sed mata, sitibundo;
muere viviendo por no estar saciado.

Si acrece el frenesí, más se enternece
pues de vivir amando está sediento;
si merma el padecer más descaece
porque el vivir sufriendo es su contento.

Tanto es su amor y su pasión es tanta,
que de un sagrado fuego consumido
como buen trovador un himno canta.

Y por sentir a Dios uno y disperso,
se echa en tierra a escuchar embebecido
la musicalidad del universo.

XIX

Desgarradura dulce al par que fuerte;
gacela al pie de un manantial sagrado
que la sed la devora hasta la muerte,
tal es su corazón de amor llagado.

Vivir, sufrir, arder, morir amando;
sentir el alma en brasa convertida;

lengua de fuego ser, siempre oscilando;
y vibrar en constante sacudida.

Perdido el freno de este amor sin tasa,
que si más lo cohibe más lo abrasa,
tras un delirio de pasión febril.

Prorrumpe en encendido desvarío:
—¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío?
y yo quien soy sino tu siervo vil?

XX

—Bien vengas, te saludo, hermana
[muerte...]
balbuce en su agonía postrimera,
yo voy a Dios, luz de verdad que vierte
sus miríficas gracias por doquiera.

Como fuese la hora aporinchada,
bota de sí la túnica y desnudo
se echa en tierra, la faz desencajada,
y en cenizas se envuelve absorto y mudo.

Los discípulos lloran la partida
consumidos por un ferviente duelo;
su alma preclara dá la despedida.

Y al dejar su prisión de lodo y barro,
vese a una estrella atravesar el cielo
cuenta la fabla en un latín bizarro.

EDMUNDO VELÁZQUEZ,

San José, Costa Rica

Octubre, 19 de 1922

Hemos recibido

A LA SEÑORITA
MARGARITA TRUQUE

Estimable señorita:

EN carta dirigida a la muy apreciable Directora del Colegio de Señoritas, Ester de Mezerville, publicada en el número 19 del diario *La Tribuna*, aparece mencionada por usted cierta conversación que tuvimos ya hace largo tiempo, —en mi casa,— conversación en la que respondiendo a las interesantes preguntas que usted formulara, y en apoyo de mis autorizadas convicciones, le leí algunos párrafos del Bhagavad Gita, fragmento maravilloso de la colosal epopeya el Mahabharata, obra en muchos siglos anterior a la fundación del Cristianismo. Con aquella lectura me propuse evidenciar la semejanza que existe entre las personificaciones grandiosas de Krishna y el Cristo, tanto en las circunstancias y episodios relacionados con sus nacimientos, cuanto en lo esencial de sus predicaciones y ocultas enseñanzas.

No creí merecer el honor de que diese usted publicidad a un accidente como éste que nos ocupa, en el que da muestra de tan feliz memoria al atribuirme la categórica afirmación de que convine en la idea de que «en los Santos Evangelios se encontraba todo cuanto le hube leído y mucho más, y muy superiormente expresa-

do», afirmación que no concuerda con mis firmes ideas de entonces y ahora respecto del particular; pero, líbreme Dios de poner en duda la sinceridad de su palabra, y convengamos en que no me expliqué con suficiente claridad o que me abstuve de hacerlo así por deferencia y respeto a la fe ardiente que usted profesa, y por la cual se prestó a dedicar su juventud a servicio de los leprosos, página de su vida que tanto la distingue y enaltece.

Convengamos, pues, en que si no concuerdan nuestras apreciaciones respecto del por menor que rectifico, sí coinciden en que, tanto en los Evangelios como en el Bhagavad Gita resplandecen enseñanzas tendientes al adelanto humano y que bien entendidas se identifican, puesto que de la misma fuente proceden, y dejemos un tema que daría motivos para la exposición de muy importantes y sugestivas consideraciones a las que la mayoría de las gentes en Costa Rica, en desacuerdo con sus tendencias de ilustración y progreso, les hace cruda, sistemática y, permítame añadir, pueril e ignorante oposición.

Réstame agregar lo siguiente: La Sociedad Teosófica, que presta devoción a todas las nobles ideas religiosas, científicas, filosóficas o artísticas, vengan de donde vinieren; y que considera a todos los seres humanos hijos del mismo solo y único Dios, invisible,

omnipotente, infinito, e inefable, tiene por regla inamovible el respeto a la manera de creer y entender de cada cual, porque sabe que los diferentes estados de entendimiento y de conciencia dependen del grado de evolución individuales. Siendo esto así, mal podría la señorita Ester de Mezerville esperar sugerencias ajenas, orientaciones a que ajustar sus procedimientos de enseñanza, ya en consonancia con mis particulares puntos de vista, por ejemplares que ser pudieran, ya de cualesquier otro de sus compañeros en la árdua labor de mejorar la cultura y los fraternales sentimientos del mundo, para lo cual le sobra competencia.

Ahora, con mis mejores deseos por la salud y prosperidad de usted, y sin atreverme en mi calidad de teosofista a invocar los sentimientos de amistad con que usted se dignó favorecerme, temerosa, tal vez, de ofender a Aquel que predicó el amor a todas sus criaturas, me reitero su atento S. S.,

TOMÁS POVEDANO

* *

Señor Director del

REPERTORIO AMERICANO

Muy estimado señor y amigo:

Le agradeceré a usted muy sinceramente, en apoyo de mi concepto acerca del Bhagavad Gita y para no tener que volver sobre el asunto, tenga la bondad de agregar a la carta precedente las notas que siguen, tomadas de la segunda edición de la misma obra, publicada en Barcelona y traducida del sánscrito por J. Roviralta Borrell:

«Dice César Cantú, haciendo suyas las apreciaciones de un sabio orientalista inglés: El Mahabarata es la epopeya más colosal de todas, y sobrepasa tanto a la Iliada, a la Odisea, a la Jerusalén Libertada y las Lusiadas, como las pirámides de Egipto a los templos de la Grecia».

«No cabe duda—dice también Cantú—de que el Oriente no ha dejado obra alguna más grandiosa que ésta, ni más digna del estudio de los eruditos. Revelase en ella el panteísmo indostánico con majestad, con profundidad y, a menudo, con una elocuencia terrible. Se le creería un sublime canto de Empédocles y de Lucrecio, intercalado en una relación Homérica».

«Este poema, a pesar de sus reducidas dimensiones, es—dice el señor Roviralta—una exposición completa de la metafísica brahmánica; la esencia de los Vedas y de todas las Escrituras sagradas, la síntesis de la verdadera doctrina, la suprema filosofía de una antigüedad remota, un tratado

del yoga o unión mística con la Divinidad; una obra, en fin, que, por su profundidad y extraordinaria transcendencia, fué elegida por hombres pensadores de la talla de Humboldt, Schlégel y otros muchos, como objeto de sus diarias y asiduas meditaciones».

Prosiguiendo en sus comentarios, el mismo señor agrega:

«Porque hay que advertir que esta obra es un registro de las enseñanzas que se revelaban a los neófitos durante los Misterios de la Iniciación, y como tal, es profundamente esotérica, esto es, una obra en la que, bajo el velo de la ficción, se exponen las verdades más augustas y trascendentales, ocultándolas hasta cierto punto a las miradas de las masas ignorantes, a fin de evitar dolorosas profanaciones». «El autor del poema, lo mismo que Moisés, Cristo, Buddha, Zoroastro y otros grandes iniciados, emplearon siempre un lenguaje enigmático y lleno de alegorías para explicar los «misterios del reino de Dios», a fin de que las gentes, viendo no perciban, y oyendo, no entiendan».

No quiero, señor García Monge, continuar estos comentarios, por no abusar de la bondad de usted: pero, sírvase todavía dispensarme trasladar el siguiente:

«Varios orientalistas pretenden que—este libro—data de doce a quince siglos antes de nuestra era. Colbrooke y Wilson sostienen muy fundadamente que este poema es anterior a la época de Ciro el Grande (590-536 antes de J. C.). Mrs. Annie Besant, A. Govindacharya y otros autores muy versados en cuestiones orientales, afirman que el coloquio entre Krishna y Arjuna ocurrió unos cinco mil años atrás, o sea a fines del Dwapara-yuga, edad anterior a la nuestra».

TOMÁS POVEDANO.

* *

San José, 20 de octubre de 1912.

Sr. Director del

REPERTORIO AMERICANO

Sr. Director: Tendría Ud. la bondad de insertar en su semanario este articulo:

UNA REINA DE LA CARIDAD

La buena «Carmen Lira» sentía frío porque no se pudo poner en contacto con la tierna niñita y la alegre mamá de la casucha solariega; palidecida la flor de su alma porque no recibiera el sol de la alegría y de la ternura que son belleza, tembló de frío, que alguna tempestad violenta de pasiones efímeras oscureció el cielo y llovió hasta arrastrar la mansión campestre, sin-

Ediciones del Sr. García Monge

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

APARTADO DE CORREOS 533

TITULOS DISPONIBLES

Ediciones Sarmiento

Juan Maragall: <i>Elogio de la palabra</i> ...	0.20	oro am.
Clarín: <i>Cuentos</i>	0.20	» »
José Martí: <i>Versos</i>	0.40	» »
José Enrique Rodó: <i>Lecturas</i>	0.20	» »
Enrique José Varona: <i>Lecturas</i>	0.20	» »
Herodoto: <i>Narraciones</i>	0.20	» »
Almafuerte: <i>El Misionero</i>	0.20	» »
Ernesto Renán: <i>Emma Kosilis</i>	0.20	» »
Silverio Lanza: <i>Cuentos</i>	0.20	» »
Carlos Guido y Spano: <i>Poesías</i>	0.20	» »
Andrés Gide: <i>Oscar Wilde</i>	0.20	» »
R. Arévalo Martínez: <i>El hombre que parecía un caballo</i>	0.20	» »
Rubén Darío en Costa Rica I.....	0.40	» »
Rubén Darío en Costa Rica II.....	0.40	» »
Dmitri Ivanovitch: <i>La Ventana y otros poemas</i>	0.40	» »
Cornelio Hispano: <i>Bolivar</i>	0.25	» »
Arturo Torres Riosco: <i>En el Encantamiento</i>	0.30	» »

El Convivio

Roberto Brenes Mesén: <i>Pastorales y Jacintos</i>	0.20	oro am.
Manuel Díaz Rodríguez: <i>Cuatro Sermones Líricos</i>	0.20	» »
Giacomo Leopardi: <i>Parini o De la Gloria</i>	0.20	» »
Federico de Onís: <i>Disciplina y Rebelión</i>	0.20	» »
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y Heroísmo</i>	0.20	» »
Eugenio D'Ors: <i>De la amistad y del diálogo</i>	0.20	» »
Santiago Pérez: <i>Artículos y Discursos</i>	0.20	» »
Ernesto Renán: <i>Páginas escogidas I</i>	0.20	» »
» » » » II.....	0.20	» »
Marqués de Santillana: <i>Serranillas y Cantares</i>	0.20	» »
Rabindranath Tagore: <i>Ejemplos</i>	0.20	» »
Julio Torri: <i>Ensayos y Fantasías</i>	0.20	» »
Enrique José Varona: <i>Emerson</i>	0.20	» »
Enrique José Varona: <i>Con el eslabón</i>	0.20	» »
(Segunda parte).....	0.20	» »
José Vasconcelos: <i>Artículos</i>	0.20	» »
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones y otros artículos</i>	0.20	» »
Antonio de Villegas: <i>El Abencerraje</i>	0.20	» »
Juana de Ibarbourou: <i>El cántaro fresco</i>	0.30	» »
José María Chacón y Calvo: <i>Hermanito menor</i>	0.30	» »
Enrique Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	0.30	» »
José Moreno Villa: <i>Florilegio</i>	0.30	» »
Samuel Velásquez: <i>Madre</i>	0.30	» »
Kahlil Gibran: <i>El loco</i>	0.30	» »
Rafael A. Ureta: <i>Florilegio</i>	0.30	» »
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	0.40	» »
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	0.60	» »
Longfellow: <i>Evangelina</i>	0.40	» »
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	0.40	» »
Alberto Masferrer: <i>Una vida en el Cine. El butre que se tornó calandria</i>	0.40	» »
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	0.40	» »
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	0.25	» »
Luis López de Mesa: <i>Sola</i>	0.30	» »
Emilia Bernat: <i>Como los pájaros</i>	0.40	» »

Ediciones de autores centroamericanos

R. Fernández Guardia: <i>La Miniatura</i>	0.20	oro am.
Octavio Jiménez: <i>Las coccinellas del rosario</i>	0.15	» »
Rómulo Tovar: <i>De variado sentir</i>	0.15	» »
» » <i>En el taller del platero</i>	0.15	» »
» » <i>De Atenas y de la Filo-sofia</i>	0.15	» »
Rafael Heliodoro Valle: <i>El rosario del ermitaño</i>	0.15	» »
José Olivares: <i>Poesías</i>	0.15	» »
Alberto Masferrer: <i>Pensamientos y prosa</i>	0.30	» »
Magón: <i>La Profeta. (Cuadros de costumbres costarricenses)</i>	0.75	» »

tiéndose ella misma terriblemente empapada; entonces se fué a la cárcel y allí al contacto de la armonía ha secado su ropaje y embellecido el jardinito encarcelado. Así viaja esta Reina de la Caridad en su ropaje literario por el REPERTORIO AMERICANO embelleciendo corazones lejanos. Cuando firme en su creciente amor cristiano se acerque a las «maternales», el ambiente iluminará su corazón y entonces su influencia se extenderá como el «San Miguel» ya revestido de poderosa espada.

X. X. X.

* *

A ROGELIO SOTELA

Costa Rica

MI distinguido amigo: me ha emocionado Ud. con su exquisito regalo. Fluctúo ahora entre la duda de quedarme, egoísta, con su bello libro, tan generosamente puesto por Ud. en mis manos, o, guardando con devoción la hoja de la dedicatoria y la copia de sus composiciones más hermosas, devolverle este único ejemplar que para Ud. debe valer como... como una reliquia. Temo herir su delicadeza y, a la vez, siento pena de que Ud. no retenga ni un ejemplar de su «Senda» maravillosa; deseo enviárselo y deseo tenerla... Es bellissimo su libro, de una emoción y una musicalidad admirables. «Un cuento del Quijote» me parece estupendo; en los «Motivos de ella» hay tal melancolía que el lector se siente con el corazón oprimido ante esa angustia noble y dulce que es, a la vez, una infinita saudade. Algo más quiero decirle sobre «Un cuento del Quijote»: no se imagina Ud. como me ha conmovido la encantadora dedicatoria.

Madre, este poema obtuvo una medalla...

No puede darse mayor sencillez;

...el hijo vencedor quiere que ella por ser un premio de la Reina, vaya sobre tu corazón como una estrella...

EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana.....	0.25 oro am.
Tardes de Invierno. Por F. Pi y Margall.....	0.25 » »
Florilegio. Por diversos autores...	0.25 » »
La Edad de Oro. Por José Martí. Dos tomos. Cada uno.....	0.50 » »
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Lira. Edición aumentada....	0.50 » »

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.

¡Y no puede darse más delicadeza de amor! ¡Qué orgullosa se pondría su madre! Si mi hijo cuando sea hombre me proporcionara un día un orgullo y una emoción así...

Luego, lo culminante del libro: el poema inicial, «La Senda de Damasco». Gran pensamiento y realización felicísima. En él Apolo le dió a Ud. lo más que fuera capaz de dar.

Claro: hay, en su libro, composiciones que me gustan menos. Pero, se lo aseguro, ninguna me parece un lunar.

¿Recibió Ud. el que yo le envié? Dígamelo, se lo ruego. Tuve la mala ocurrencia de ponerlo en el correo sin recomendar. En todo caso, si se hubiera extraviado, le enviaría, con el mayor gusto, un nuevo ejemplar.

Si ve a García Monge, tenga la bondad de transmitirle mi saludo.

La estrecha cordialmente la mano, su colega y amiga,

JUANA DE IBARBOURO.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos

La Revue de l'Amérique Latine

Ancien BULLETIN DE L'AMÉRIQUE LATINE fondé en 1910 sous le patronage du Groupement des Universités et Grandes Ecoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine.

Paraît le 1er de chaque mois.

Publie des études d'écrivains, de savants et d'hommes politiques français, hispano-américains et brésiliens, sur l'Amérique latine et ses relations avec la France.

Donne des traductions de romans, contes, nouvelles, poèmes et essais d'écrivains de l'Amérique latine.

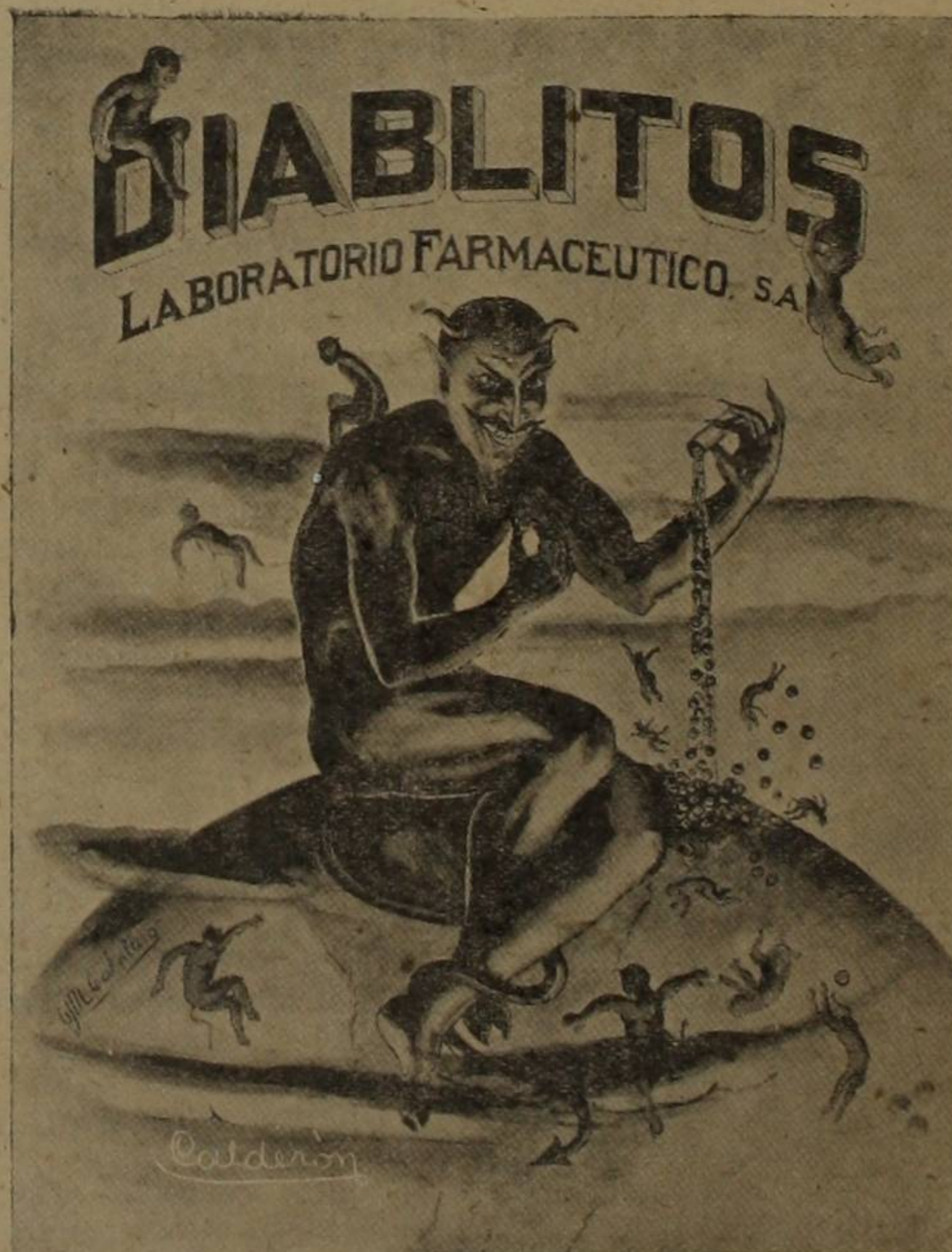
Ses chroniques nombreuses et variées résument la vie intellectuelle, artistique, économique et sociale de tout le continent latin d'Amérique.

Directeur: ERNEST MARTINENCHE

Redacteurs en chef: CHARLES LESCA
VENTURA GARCIA CALDERON

Abonnements: France: un an: 30 fr. 6 mois: 10 f
Etranger: „ 42 „ „ 22 „

Prière d'adresser les chèques et mandats poste à l'Administrateur de la «Revue de l'Amérique Latine», 84, Boulevard de Courcelles, Paris (17^e).

D
I
A
B
L
I
T
O
SD
I
A
B
L
I
T
O
S

Píldoras laxantes, hepáticas

SAN JOSE - APARTADO 913 - COSTA RICA

La luz eleusina

Por LEOPOLDO LUGONES

EN sus diez años de vida mi libro «Prometeo» ha tenido buenos lectores. Para esos fué escrito, y por ello no le di publicidad de librería. Preferí el interés ya despierto de inteligencias cultas, pues la verdad es que carezco de facultades docentes. Comprendo, pues, lo merecido de mi impopularidad, y no pido a la mayoría soberana consideración ni clientela. Esto no comporta menosprecio, sino reserva de la dignidad ante omnipotencia tan cortejada.

Ultimamente D. Carlos D. Viale, en sus sintéticos estudios sobre los dioses del panteón helénico, que acá mismo publica, ha honrado aquel trabajo, escribiendo en sus márgenes una nota de fina penetración. Ella me indica que puedo decir algo más sobre el famoso mito.

Pero antes se me impone el recuerdo de otro lector en quien hallé la misma preocupación afectuosa: el malogrado jurisconsulto y pensador D. Gregorio Uriarte, quien haciendo honrosa crítica a mi obra de prosista en el número 116 de «Nosotros» (diciembre de 1918) señaló «la absoluta concordancia informativa» de mi libro con el de Paul Foucart, «Les Mystères d'Eleusis», publicado en París cuatro años después de mi «Prometeo». Comparando por su cuenta ambas obras, halló más claras las explicaciones de la mía, a virtud de aquella identidad de información que es lo interesante de mi relato, dada la competencia magistral del citado helenista. Por último, y perdónese-me la cita, ya que con ella empiezo

mis consideraciones suplementarias, transcribió a la letra la clave que le formulé sobre la enseñanza de los misterios:

«Los númenes (de la iniciación eleusina) eran tres: Dionisos, Demeter y Kora. Dionisos resumía los pequeños misterios cuyo objeto era revelar el carácter sexual de los cultos lunares. La iniciación correspondía a Demeter y era la revelación de los cultos solares, más puros o espirituales, pero vencidos por los lunares, y que los misterios habían conciliado. La «epopteia» (el grado superior de iniciación, o contemplación por antonomasia) correspondía a Kora, y era la libertad del alma humana: la espiga de la cosecha. (Pues como desenlace del drama sagrado, o alegoría mística de la iniciación, presentábase al iniciado una espiga de trigo). El dios y la diosa eran Dionisos y Demeter, pero no unidos, sino vecinos en el gran sistema definitivo que eran los misterios. Kora es el alma humana que participa de ambas naturalezas divinas, y que cayó bajo el dominio de la materia por la sexualidad».

Esa nota, a la cual he agregado parentesis explicativos, nos pone ya en íntimo contacto con la tragedia del titán.

La especie humana según la doctrina de los iniciados antiguos, era producto de dos creaciones que han dejado su rastro en la doble humanidad del Génesis bíblico (cap. I, 26 y II, 7): la que engendró la tierra con su propia fuerza vital de estrella apagada, pero viviente por el fuego de su seno, y la que suscitó y perfeccionó en ella el sol, cuando su luz tuvo acceso a través de la atmósfera aclarada. En el propio Génesis bíblico, hay vida en la tierra antes de que existan la luna y el sol (I, 11 y 12; íd. 16).

Esa primera creación fué puramente animal y desarrollada bajo la influencia de la luna, mucho más activa entonces.

No hubo en ella intervención alguna de la conciencia ni de la voluntad, y por esto decíase que la fatalidad la gobernaba.

La influencia del sol consistió, espiritualmente hablando, en la intervención de seres voluntarios y conscientes, quienes a virtud de motivos ignorados por mí, pero que probablemente se comunicaba a los iniciados, encarnaron en la tierra, engendrando, así, la humanidad, propiamente dicho. Estos fueron los Prometeos atados a la roca por haber traído la luz.

No afirmo, expongo; siendo por otra parte de escaso interés mi creencia personal.

Ahora bien, nadie ignora que la vida actual de la tierra depende del sol hasta en el seno de los mares. La tierra está envuelta en la luz solar como un pescado en la red que lo arrastra. Y esto debe ejercer una poderosa influencia en la mente, ya sea por reacción íntima y constante sobre ella, según el aforismo aristotélico («Nihil est in intellectu») ya por constituir tan sólo una manifestación vital, conforme al determinismo materialista.

La fauna de las cavernas permítenos calcular lo que sería de la vida sin el sol.

Seres de sangre fría, ciegos, incolores, lentos, probablemente subterráneos por la limitación de su actividad y los riesgos inherentes a la ambulación superficial en esas condiciones; pobres de mente, al faltarles el sentido de la vista y con él la localización auditiva que denominamos «escuchar» y que consiste en una combinación compensadora de ambos sentidos; retardados en la monotonía de un clima sin estaciones: eternos titubeantes de una vida que en comparación con la nuestra parecería un oscuro vago sueño.

Tal es, precisamente, el estado de la humanidad antes de la «iluminación» prometeana, según lo describe el titán en la tragedia de Eskilo:

«Al principio (dice de los hombres) miraban sin ver y oían sin escuchar. Durante mucho tiempo, semejantes a las imágenes de los sueños, confundían ciegamente las cosas... moraban bajo tierra, guarecidos en el fondo de tenebrosos antros, como las hormigas... nada sabían del invierno, de la primavera ni del estío».

REVISTA CHILENA

PUBLICACION MENSUAL

Santiago de Chile — Correo Central
CASILLA 1672

CIENCIAS — ARTES,
POLITICAS — LETRAS

La «Revista Chilena» aparecerá todos los meses, con excepción de los de Enero y Febrero, en números de 112 páginas como minimum.

La Revista admite canjes con revistas científicas y literarias nacionales y extranjeras.

Toda correspondencia relativa a la Revista y los canjes deben ser dirigidos al Director; Santiago, Correo Central, Casilla 1672.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACION

Publicación bimestral dirigida por el

Dr. JOSE INGENIEROS

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 pesos moneda argentina.

Exterior, íd. 5 \$ oro.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VACCARO

— Avenida de Mayo 638 —

BUENOS AIRES

Viene después la mención de los bienes que les hizo, y que pueden resumirse en estas dos palabras: recordar y raciocinar.

La iniciación era, pues, un sistema psico biológico y no de mera filosofía natural formulada por alegorías agrícolas. Tanto valdría atribuir el mismo carácter a las «especies» de la eucaristía cristiana, porque sean harina y vino. Sabemos que no hay tal cosa, y que ni siquiera se trata de sustancias simbólicas, reemplazables, por ejemplo, en la imposibilidad de obtenerlas, para producir con otras, como el azúcar y el aceite, supongamos, la transubstanciación eucarística: pues son cuerpos rituales por su propia naturaleza. Añadiré que eran los mismos de las comuniones paganas como la confarreación, precedentes a la eucaristía, y que antes de ser la sangre de Cristo, el vino fué la sangre de Baco, por la cual juran todavía los italianos, tal cual los romanos anteriores al cristianismo...

Hay que abandonar ya definitivamente el sistema naturalista -tote-mismo inclusive—concediendo a los mitólogos antiguos tanta espiritualidad, por lo menos, como a los teólogos cristianos, sus minuciosos copistas.

El naturalismo de aquellos era algo muy distinto de una alegoría fenomenal. La iniciación enseñaba que toda fuerza natural es inteligente: es decir, que posee la facultad de elegir entre dos o más posibilidades. Así acaba de establecerlo, por ejemplo, la botánica experimental para la simple hierba de los campos. Nada absurdo, entonces, que los antiguos atribuyeran igual don a la entidad de una estrella. Si había, pues, un culto de la Naturaleza, consistía en una aspiración de comunicarse con su alma múltiple. La luz eleusina era la explicación de su posibilidad.

(La Nación. Buenos Aires).

La tragedia de Horacio Bottomley

POR LUIS ARAQUISTAIN

EL proceso de Horacio Bottomley en Londres y su condena a siete años de trabajos forzados, a la pro-
pecta edad de sesenta y dos, hacen tan dramática la vida de ese hombre singular, que... no resisto la fascinación de abordarlo también.

Vayan por delante algunos datos sobre la vida y el carácter de Bottomley. Los dos intereses fundamentales fueron en él el periodismo y la política, pero no como fines en sí, sino como instrumentos de lucro. Siendo muy joven fundó varias publicaciones de tipo financiero, y al separarse de una de ellas, el «Financial Times», creó una empresa puramente industrial, la Hansard Union, que pronto hizo quiebra. El asunto—el primer escollo judicial de Bottomley—pasó a los Tribunales de Justicia, y aunque no pudo hallarse rastro del millón de libras esterlinas que componían el capital, Bottomley, que fué abogado de sí mismo, quedó absuelto. Y se cuenta que el juez que intervino en su causa, vistos sus altos talentos naturales para la abogacía, le aconsejó que se dedicara al foro. Pero su destino era ser reo y no juez.

Consagróse entonces a varios negocios de la City, entre ellos a uno de minas de oro en Australia, que hizo de él un magnate. Con los millones ganados en aquella época de auge pudo lucirse en dos escenarios que siempre tientan a la riqueza moderna: en el Parlamento, como diputado, y en las carreras equinas, con su gran cuadra de Sussex, que ganó varios importantes premios. Pero su buena estrella empezó a decaer y su nombre

apareció envuelto en varias empresas financieras que probaban su inventiva y agilidad en tal linaje de actividades, pero que, en general, fueron ruinosas para los accionistas. Por segunda vez, en 1908, hubo de ser llevado a los Tribunales y de nuevo absuelto, y poco después, con motivo de otro pleito, tuvo que presentar sus excusas en la Cámara de los Comunes, de que era miembro. La fatalidad iba estrechándole el cerco.

Pero la empresa que más popularidad le dió fué la fundación del semanario «John Bull», primero, y de «Mrs. Bull», después, periódicos de baja estofa, tanto en cuanto a la prosa como a las campañas. En 1911 hicieron quiebra sus compañías y en 1912 tuvo que renunciar a su asiento parlamentario. Pero Bottomley, como tantos aventureros del actual régimen económico, era como el ave fénix, renaciendo siempre de sus cenizas, y para 1918 había saldado su bancarrota y entonces comenzó una serie de empresas relacionadas con la guerra y luego con la victoria, que le han llevado a la catástrofe, por aquello de que a la tercera va la vencida, como en los terceros y finales actos de los dramas. Dió vida a varias compañías para transformar e invertir dinero y llegó a acumular en sus manos 900,000 libras de capital ajeno, parte de las cuales, unas 150,000, se apropió para sus usos particulares, sin que haya podido justificar su inversión. Por este fraude se le ha condenado a siete años de servidumbre penal, o sea de trabajos forzados, que para un hombre de su edad, transpuestos los sesenta, equivalen a reclusión perpetua. El que no quiso ser juez ha caído al fin en las garras implacables de la justicia británica.

Nada sabemos de su vida privada, aunque la suponemos dispendiosa y causa considerable de su tragedia. Acaso haya alguna o algunas mujeres por medio. Tal vez contribuyó a sus frecuentes quiebras la pasión del juego. Pero estos casos son demasiado generales para hacer de él, por eso, una figura interesante. Lo que singulariza a Bottomley es la naturaleza del delito, en relación consigo mismo y con la sociedad. Probablemente sus características fueron la imprudencia y la confianza en sí mismo. Otro más cauto se hubiera rodeado de más garantías personales, al amparo de las leyes y de la costumbre. ¿Quién duda de que en el mundo económico moderno abundan los Bottomleys, los

Quien
habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una em-
presa en su género,
singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener
y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranja, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta,
Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

hombres que se apoderan por la sugestión personal del dinero ajeno y lo malgastan en fines particulares o en especulaciones de tipo fraudulento? Hubiera Bottomley complicado en sus compañías a hombres de prestigio, preferentemente a políticos vinculados con el mundo de los negocios, y nada hubiera tenido que temer. Después de la guerra, ¿no son numerosos los Bancos que han hecho quiebra por operaciones tan audaces y ambiciosas que rayaban en lo ilícito? Pero son pocos los banqueros que han ido a la cárcel. Nosotros conocemos un hombre extraordinario que tiene sobre sus hombros una bancarrota de cincuenta millones de pesetas y que fué la causa principal de la quiebra de un Banco español, y a nadie se le ha ocurrido perseguirlo criminalmente. Más bien se espera que se reponga para pagar a sus acreedores. Esa es la tragedia de Bottomley: que los tribunales ingleses y la sociedad en torno no hayan querido esperar, ampliándole un crédito de confianza.

Luego tenía un exceso de confianza en sí mismo. Otro hombre, después de los procesos anteriores, hubiera ganado en discreción y cautela. El no. Antes bien, sus absoluciones anteriores le hicieron creer quizás que era invulnerable. Esto, lejos de agravar su causa, la atenúa, porque todas sus empresas primeras fueron probablemente tan fraudulentas como las últimas, y, sin embargo, la justicia le dejó que siguiera fundando nuevas compañías y el público continuó pres-tándole su fe y su dinero. Quiere esto decir que, en una sociedad bien organizada, no debieran ser posibles hombres como Bottomley, porque el Estado tendría que intervenir en todos esos grandes negocios de especulación, para evitar que se abuse del candor incorregible del público, y si se tolera su existencia, en nombre de la libertad económica, no debiera imponerse castigo a quien incurrió en imprudencia o malversación hasta que se proba su incapacidad o su mala fe para restituir lo apropiado. Personalmente, un hombre como Bottomley, gran caballero de industria, sin más ideales que el lucro y el despilfarro, sin límite en los procedimientos, nos repugna hasta lo más íntimo del ser. Socialmente, creemos que la justicia es con él demasiado severa, porque su delito trasciende de la responsabilidad individual y es en gran parte obra de un sistema. Cae sobre una sola cabeza la culpa de muchos.

Hay delitos que podríamos llamar esenciales y otros accidentales, es decir, irreparables y reparables. Si un hombre mata a otro, su crimen es esencial o irreparable, porque no puede devolverle la vida. En esta clase de

delitos, aunque parezca paradoja, la tragedia individual es menor, porque el criminal, siguiendo sin saberlo aquella sagacísima teoría platónica del derecho a la pena, de la justicia espontánea, va purificando gradualmente su conciencia en la expiación y el arrepentimiento. Un ejemplo literario inmortal de este linaje es el Raskoelnikoff de «Crimen y castigo», de Dostoievski, que se castiga a sí mismo, en el dolor y el deseo imposible de reparar el daño hecho. La noción del propio crimen, sea o no castigado por la justicia humana, es la más terrible pena, que acaba redimiendo al delincuente, restaurando su antigua pureza.

Pero un delito como el de Bottomley, que para él no es delito y no hay por lo tanto expiación interna, y sólo lo es social e históricamente, es una inmensa tragedia al ser castigado en una forma en que no hay posibilidad de rehabilitarse externamente, ante sus contemporáneos. La naturaleza, pues, de ese delito y de su pena, le cierra doblemente la puerta de la purificación íntima y la puerta de la reparación social. A un hombre así no le queda más recurso que el suicidio por desesperación e impotencia. Si nosotros fuéramos dioses, no crearíamos hombres como Bottomley, jugadores de fortunas de incautos, sin más finalidad que conducir una vida sin grandeza ni provecho para nadie. Pero si fuéramos jueces, hubiéramos dictado esta sentencia:

«Horacio Bottomley, seis años tardaste la otra vez en rehacerte de una bancarrota. Siete te concedo ahora, en vez de condenarte a trabajos forzados, que poco o nada pueden producir a todos, para que devuelvas esas ciento cincuenta mil libras que has robado para tus especulaciones o tus desórdenes. Si en ese tiempo lo logras, serás absuelto por tercera vez; si no, serás condenado a garrote vil, no tanto por tu crimen, como por haberlo cometido para sostener una vida fútil e infecunda...»

(La Nación, Buenos Aires).

Más ejemplares de la nueva obra

POR EL ATAJO...

del famoso poeta colombiano

LUIS C. LOPEZ

hemos recibido para la venta.

Precio del ejemplar: \$ 5-00.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos

GUIA PROFESIONAL

MÉDICOS

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París

Horas de Consulta: 10 ½ a 11 ½
y 2 a 4 pm.

EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

Doctor PEDRO HURTADO PEÑA

MEDICO Y CIRUJANO

Especial atención a los Partos. Clínica situada a 25 varas al Este de la Botica «La Dolorosa».

Horas de consulta: de 10 a 12 m. y de 2 a 5 p. m.

Dr. TEODORO PICADO

MEDICO Y CIRUJANO

Despacha frente a la lechería de González de las 14 a las 17 horas.

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor J. ZELEDON ALVARADO

Médico cirujano de la Facultad de Ginebra

Enfermedades internas, venéreas y de la sangre. Nuevos tratamientos por las vacunas y el 106, Galyi.

Consultas: de 9 a 11, y de 1 a 4.

Teléfono número 866

ABOGADOS

ALEJANDRO ALVARADO Q.

RICARDO FOURNIER

TEODORO PICADO H.

ABOGACÍA Y NOTARIADO

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COST R IC

Nuestras ediciones en el exterior

EVANGELINA

J. García Monge, el muy ilustrado escritor costarricense, acaba de publicar en una edición de *El Convivio* este bellísimo poema de Longfellow, el insigne poeta norteamericano. Lo aplaudo sinceramente. Menéndez Pelayo consideraba este poema como el más bello acaso de los tiempos modernos. Lo leí desde hace muchos años. Mi escaso dominio del idioma inglés no me ha permitido saborear el exquisito y singular encanto que se desprende de los *exámetros dactílicos* en que su autor egregio escribió este magnífico cuento de amor. Lo leí también en una traducción en verso, en octavas reales si mal no recuerdo, hecha por un poeta chileno cuyo nombre no recuerdo ahora. La encontré fría, sin el calor de emoción que tiene en su idioma nativo. La mejor traducción, a juicio de gente competente, es la contenida en este fascículo. Está hecha en prosa, a conciencia, por el escritor cubano Rafael M. Merchan, quien poseía admirablemente el idioma inglés. En carta del escritor Dihigo, de merecida reputación en la gran Antilla vecina, dice lo siguiente: "He tenido la paciencia de compulsar verso por verso de Longfellow con la traducción que hizo Merchan, y he de confesar cuánta satisfacción produjo en mi espíritu la expresión correcta del pensamiento del poeta, la propiedad del lenguaje, la talentosa manera de presentar en nuestro idioma los giros de la lengua inglesa, la palabra selecta para que correspondiese mejor con la inglesa, la frase, aunque en prosa, correcta."

El primoroso librito se abre con la página, grandilocuente y conceptuosa, que escribió Martí con motivo de la muerte de Longfellow. ¡Un grande juzgando a otro grande! Es una página de soberana hermosura. Los escritores pigmeos de ahora no sabemos

ni podemos producirla tan espontánea, tan profunda, tan artística... Hay que buscar a *Evangelina* cierto precedente en una narración de Goethe, en *Gertrud y Dorotea*. Pero, a mi juicio, la obra del poeta norteamericano supera a la del poeta alemán. Toca más fuertemente las fibras del corazón. Hay más claridad, precisión, firmeza y sencillez de líneas. Parece como un mármol helénico, pero animado, viviente. ¡Cuánta hermosura en las descripciones! ¡Cuántas imágenes de singular, de portentosa belleza! Un poder extranjero, agresivo y brutal, arroja de sus hogares, confiscándoles sus propiedades, a los pacíficos acadenses de la idílica aldea de Gran-Pré. *Evangelina*, la perla del lugar, acaba de casarse con Gabriel, el más gallardo de sus numerosos adoradores. En el desorden y la confusión del embarque, los amantes se separan, tomando cada uno distinto buque y arribando a playas diferentes...

Y aquí comienza la dolorosa ruta. *Evangelina*, inconsolable, pero resuelta, ya no tiene en la vida más propósito que reunirse con su esposo. Inútil empeño. Especie de sombra fugitiva, en medio de una naturaleza salvaje y desbordante, inquiriendo el paradero de Gabriel, siempre inhallable, pasa por selvas inexploradas, cruza

ríos caudalosos, ciudades en formación, aldehuelas perdidas en rincones misteriosos de bosque... Por aquí pasó hace pocos días, le dicen en uno de esos lugares. Lo mismo en otro. Lo encontraré pronto, quizás mañana... Y sigue, sigue la dolorosa ruta. Nada, nada. Y pasan los días, los meses, los años en ese inútil empeño. Doliente, envejecida, se hace hermana de la Caridad, hasta que un día, en horas de cruel epidemia, en la sala de un Hospital, anciano, moribundo, reconoce al elegido de su corazón en uno de los enfermos, y lo besa con supremo delirio y se confunden para siempre en el seno insondable de la muerte! Es hermoso, hermosísimo este poema magnífico de amor y de lágrimas...

FED. GARCÍA GODOY.

(La Vega, Rep. Dominicana).

El Convivio

y las otras ediciones del señor García Monge, se hallan depositadas en la Librería de los señores SAUTER & Co.

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirla. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.



Para mal estar, pesadez de estómago, acidez y dolores de cabeza, debidos a digestión pesada, tome

DIGESTOIDES

Pídalas en todas las boticas

GRAN FABRICA DE VELAS "LA POLAR"

CESAREO GARCIA, SUCS.

APARTADO

756

LAS MEJORES VELAS QUE SE FABRICAN EN EL PAÍS

ORDENENOS UN PEDIDO Y SE CONVENCERA

TELEFONO

126

SAN JOSE DE COSTA RICA